

STAR WARS™

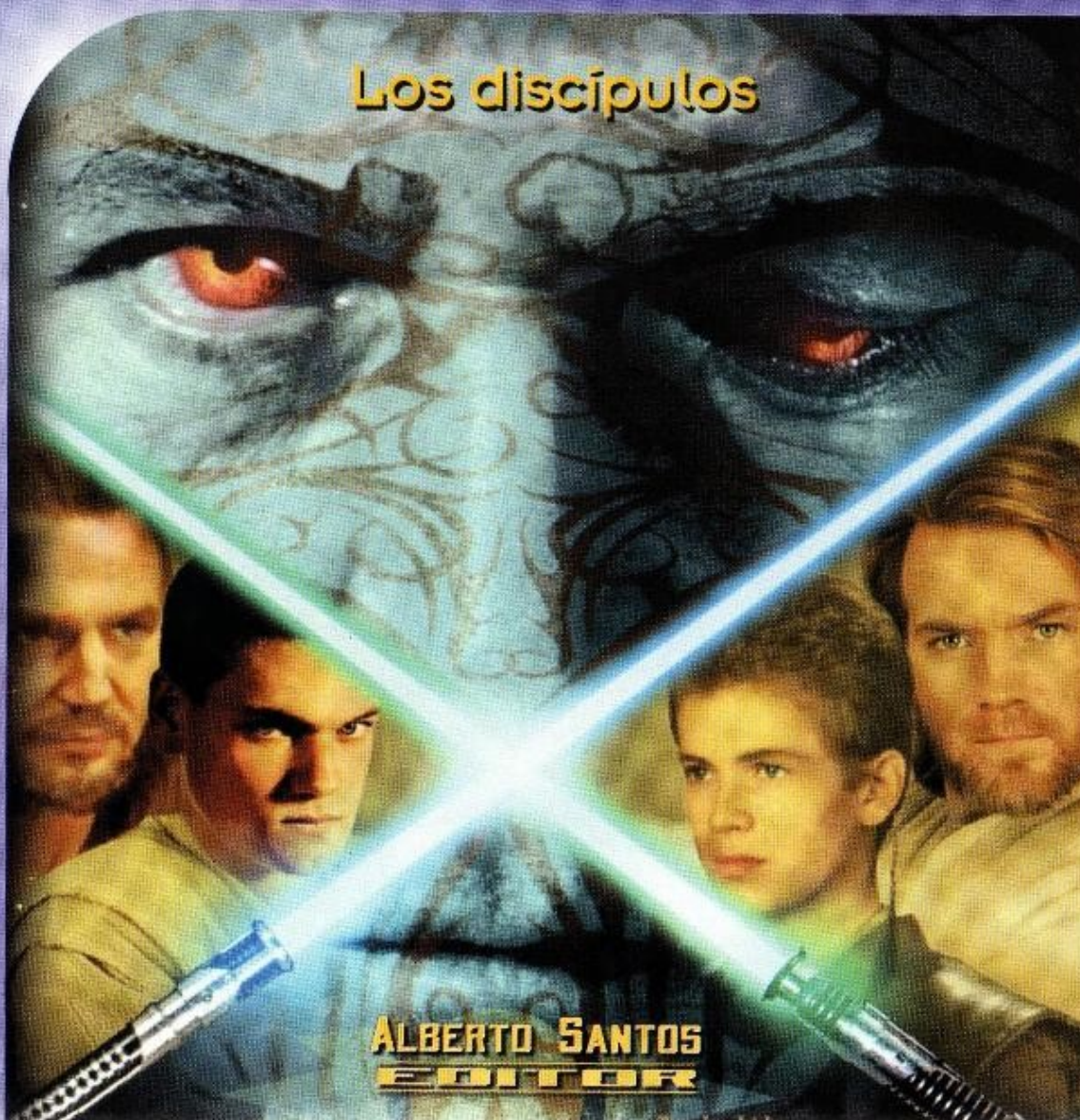
APRENDIZ DE JEDI EDICIÓN ESPECIAL 2

Los discípulos

JUDE WATSON



ALBERTO SANTOS
EDITOR



STAR WARS

**Aprendiz de Jedi
Edición Especial 2**

LOS DISCÍPULOS

Título original: Star Wars: Jedi Apprentice. Special Edition 2. The Followers.

Autora Jude Watson

Publicado por Scholastic, Inc. (abril, 2002).

Traducción: Virginia de la Cruz Nevado.

Contraportada:

Qui-Gon y Obi-Wan.
Obi-Wan y Anakin.
Dos Maestros. Dos aprendices.
Un enemigo.

¿Quiénes son los discípulos de los Sith?
Dedicados al estudio del Lado Oscuro de la Fuerza,
llevan una existencia clandestina...,
pero su amenaza crece.
Aunque no tienen poder Sith,
lo buscan sin cesar. Nada,
ni siquiera los Jedi, podrá interponerse en su camino.

El doctor Lundi es el líder de los discípulos de los Sith.
Al acercarse al Holocrón Sith
se enfrenta cara a cara a Qui-Gon Jinn
y a su aprendiz, Obi-Wan.

Diez años después,
cuando los discípulos de los Sith resurgen,
Obi-Wan y su ahora aprendiz, Anakin Skywalker,
deberán contar con su ayuda para encontrar el objeto.
Pero lo que les inspira no es confianza, sino temor.
Los Sith reaparecen. Los Jedi han de detenerlos.

Capítulo 1

El holograma parpadeó y en la Sala de Mapas del Templo aparecieron las fantasmagóricas figuras de Bant Eerin y su nuevo Maestro Jedi, Kit Fisto. Qui-Gon Jinn contempló cuidadosamente la imagen de Bant, mirando fijamente los ojos plateados. Le alegraba volver a ver a la sensible padawan mon calamari. No sólo era una buena amiga de su aprendiz, Obi-Wan Kenobi, sino que se sentía casi obligado a protegerla desde la muerte de su Maestra Tahl, hacía unos años.

Bant y Qui-Gon sufrieron mucho la muerte de Tahl, y encajaron muy mal aquella pérdida. Sabía que Bant había seguido con su entrenamiento a pesar del mal trago que supuso todo aquello.

Pero sigue sin ser la misma, pensó Qui-Gon.

Se acercó un poco más, y la mirada de Bant le dijo que algo no iba bien. No era la tristeza profunda que se había acostumbrado a ver en sus ojos a raíz de la muerte, cuando la tragedia aún estaba reciente. Era otra cosa. A Qui-Gon le costó un poco reconocer ese sentimiento.

Era miedo. Bant tenía miedo. La pregunta era: ¿de qué?

—Hola, Maestro Qui-Gon y Obi-Wan —Kit Fisto los saludó con una ligera reverencia que hizo que sus tentáculos capilares de color amarillo verdoso cayeran alrededor de los hombros—. Mi padawan os menciona mucho. Me alegra que por fin tengamos la posibilidad de hablar, aunque me temo que la cuestión a tratar no es muy agradable.

Qui-Gon y Obi-Wan habían sido citados por el Consejo el día anterior. Nadie les dijo por qué iban a reunirse con Bant y Kit Fisto, y Qui-Gon supuso que sería algo rutinario, dado que Fisto contactaría con ellos desde el casi deshabitado planeta de Korriban.

Pero en cuanto vio la cara de Bant se dio cuenta de que no era así.

Los Sith. Qui-Gon oía historias sobre ellos desde que era pequeño. Todas las generaciones de iniciados del Templo conocían cuentos y leyendas sobre los Sith. Les encantaba contarlas por las noches, antes de acostarse. La generación de Qui-Gon no fue una excepción.

Aunque las historias le daban miedo suficiente para quitarle el sueño en más de una ocasión, siempre supo que casi todas eran inventadas, mitos ideados para asustar y no para informar. Qui-Gon siguió mostrándose escéptico al respecto incluso después de estudiar la historia de los Sith y que le dijeran que ya no existían, pero que una vez fueron poderosos.

Aun así, su reciente conversación con el Maestro Jedi Kit Fisto le obligó a rectificar sus creencias sobre los Sith.

—Maestro, ¿tú crees en...? —preguntó Obi-Wan vacilante.

—¿Que si creo en los Sith? —Qui-Gon acabó la pregunta por su alumno antes de responderla. Era obvio que el informe que había hecho Kit Fisto también había sembrado la duda en Obi-Wan.

—Claro que sí. Ambos hemos estudiado suficiente historia como para saber que en su época fueron una amenaza muy real. Pero también sabemos que su cultura no sobrevivió, que se mataron entre sí hace mucho. La pregunta que debemos hacernos es si siguen siendo una amenaza hoy en día. —En ese punto, Qui-Gon se mostró vacilante.

—Pero ¿cómo pueden ser una amenaza si ya no existen? —preguntó Obi-Wan.

—El peligro no está en los Sith, sino en sus enseñanzas y en la capacidad que tienen esas enseñanzas para inspirar a otros a hacer el mal. Mientras su doctrina sobreviva, los Sith siempre serán una amenaza en potencia.

—Y si alguien se dedica a impartir esa doctrina... —Obi-Wan no terminó la frase.

Qui-Gon se dio cuenta de que pensaba en lo que Kit Fisto y Bant habían encontrado en Korriban. ¿Cómo olvidar la mirada de terror en el rostro de Bant al describir los horrores que su Maestro y ella habían presenciado en ese valle? ¿O la mirada apagada de Kit Fisto al contarles lo de la cabaña que habían hallado... y su escalofriante contenido?

En el interior de la ascética canana había gran cantidad de literatura y modelos de antiguas armas Sith. Era como si alguien hubiera recopilado toda la información posible sobre la realidad y el mito de los Sith, y hubiera grabado toscamente en la pared el dibujo de un Holocrón Sith, al lado del cual había un mensaje escrito en código Sith: "Ubicación encontrada. Seguid al líder".

Un simple Holocrón no era peligroso en sí mismo. Era un dispositivo de cristal para almacenar información utilizado incluso por los Jedi. Los holocrones eran un excelente método de almacenar grandes cantidades de conocimiento, tenían el tamaño de una mano y se transportaban fácilmente.

Pero los holocrones Jedi que había visto Qui-Gon eran cuadrados. El dibujo del Holocrón de Korriban tenía una forma de pirámide muy propia de los Sith, y el conocimiento contenido en un Holocrón Sith era infinitamente más peligroso, ya que hacía referencia al poder oscuro y a cómo obtenerlo, utilizarlo y manipularlo.

Si existía y caía en manos equivocadas, un Holocrón Sith podía resultar más que letal.

—Conocemos varias sectas Sith que operan actualmente en la galaxia —les informó la documentalista Jedi Jocasta Nu—. Las tenemos controladas, pero de momento no han sido motivo de preocupación. Nunca han obtenido seguidores suficientes y sus actividades son como las de cualquier otra pequeña organización criminal. Siempre han sido más una molestia que una amenaza.

Aunque le había costado un poco acostumbrarse a trabajar con Jocasta Nu, empezaba a caerle bien. A Qui-Gon no solía gustarle utilizar los canales normales para obtener información, pero había acabado apreciando el carácter directo de Jocasta; siempre le proporcionaba la información que necesitaba.

—Últimamente, ha aumentado la actividad de una institución de enseñanza superior aquí en Coruscant —dijo Jocasta—. Según nuestras fuentes, se debe a un profesor llamado Murk Lundi. —Una imagen del profesor quermiano apareció en una pantalla.

No era la primera vez que Qui-Gon oía hablar del profesor Lundi, un lamentable historiador galáctico muy popular entre los estudiantes y admirado por sus colegas. Qui-Gon incluso llegó a oír que se le consideraba uno de los mejores historiadores de la época. Pero el Jedi no entendía qué tenía que ver Lundi con la cabaña de Korriban.

—En los últimos años, Lundi ha estado reduciendo su campo de actividad —explicó Jocasta—. Ahora centra toda su investigación y sus ponencias en el Lado Oscuro de la Fuerza. Y como se ha vuelto tan específico, cada vez le siguen más estudiantes.

Jocasta les acercó varios trabajos estudiantiles. Carteles anunciando carreras Sith, y cómics dibujados a mano mostrando batallas entre Sith.

—Sus asignaturas son las más populares en la universidad. Sus textos están tan solicitados que a los alumnos les cuesta encontrarlos —se detuvo un momento—. Se encontraron varios escritos suyos entre los objetos de Korriban.

Entonces es por eso, pensó Qui-Gon. El Consejo piensa que uno de los seguidores del doctor Lundi reunió la información que se ha encontrado en Korriban.

Alzó la mirada y se encontró con la de Obi-Wan, que le contemplaba como si pensara lo mismo que él. Ninguno necesitó articular palabra: su siguiente movimiento era obvio.

Era hora de hacer un curso intensivo sobre los Sith.

Capítulo 2

Obi-Wan se abrió paso entre la multitud de estudiantes sin temor a que le vieran. No era difícil perderse entre el gentío.

Los alumnos de Coruscant eran tan variados que para llamar la atención uno necesitaría prenderse fuego. Además, Obi-Wan y él eran los únicos que no estaban desesperados por llegar hasta el profesor Lundi para hablar con él antes de comenzar la clase.

Desde su sitio junto a la pared, Obi-Wan alcanzaba a ver entre la multitud la cabeza del profesor quermiano balanceándose ligeramente sobre su largo cuello. Descontando su avanzada edad, y el pequeño parche electrónico negro que le cubría un ojo, Murk Lundi se parecía bastante al Maestro Jedi Yarael Poof. Eran de la misma especie y tenían el mismo aspecto imponente. Pero había algo diferente en el doctor Lundi, algo escalofriante que Obi-Wan no conseguía definir.

Al otro lado de la sala, Qui-Gon, con ojos entrecerrados por la concentración, también observaba al profesor. ¿Acaso se había fijado en algo más? En mitad del barullo, Obi-Wan consideró la posibilidad de contactar con Qui-Gon por el intercomunicador para saber lo que pensaba. Pero entonces el doctor Lundi alzó varios brazos para indicar que la clase estaba a punto de comenzar.

La horda de alumnos encontró asiento y guardó silencio más rápidamente de lo que Obi-Wan podría haberse imaginado. La sala era enorme, pero no quedaba una silla libre. Había un estudiante en cada sitio que podía ser ocupado por alguien de pie, apoyado o sentado, y al menos una docena de cámaras flotantes grababan las palabras del profesor para los alumnos que no cabían en la sala.

Obi-Wan echó una ojeada a la gente. La asistencia masiva no era lo único impresionante; todos y cada uno de los alumnos estaban atentos. Al cabo de media hora, seguían fascinados, sin dar señales de falta de atención o de distracción. Tenía la esperanza de ver a algún alumno especialmente atento o que destacase por algo, pero la verdad es que el único que destacaba era él mismo, porque estaba mirando a su alrededor mientras el profesor hablaba.

En la parte delantera, el doctor Lundi iba de un lado a otro del pequeño espacio que le dejaban libre los alumnos. Daba pasitos cortos con sus largas piernas, y su cuerpo parecía flotar mientras hablaba. De vez en cuando se detenía, disfrutando claramente de su posición y capacidad para mantener a la audiencia en vilo, de la expectación que causaba su discurso.

Murk Lundi no se parecía en nada a los profesores que Obi-Wan había tenido en el Templo, donde sus instructores eran como compañeros de estudios, guías que querían ayudarle a descubrir las cosas por sí mismo, y no limitarse a imponerle sus propias opiniones.

A Obi-Wan no le gustaba el tipo de enseñanza que estaba presenciando. Pero cuanto más escuchaba al doctor Lundi, más quería saber. Y, de pronto, se dio cuenta de que él también estaba ansioso por oír su siguiente palabra.

—Nadie, aparte de los Sith, ha visto nunca un Holocrón. Hay rumores. Sí. También hay dibujos, leyendas y mitos, pero la mayoría de los historiadores cree que los Sith guardaban sus conocimientos tan celosamente, que prefirieron destruir los holocrones a dejar que cayeran en manos de alguien que no mereciera la pena. Después de todo, estamos hablando de seres que mataban a sus Maestros cuando aprendían de ellos todo lo que necesitaban. —Lundi se detuvo y miró a sus alumnos con una sonrisa astuta—. ¿Debería ponerme nervioso al pensar en su graduación? —Y siguió hablando.

—Hay estudiosos que sostienen que los Sith no empleaban holocrones, que no habrían sido tan tontos de almacenar tanto poder en un cristal que cabía en la palma de la mano. —El profesor se detuvo, mirando una de sus palmas estiradas—. Un poder mayor del que ha conocido esta galaxia

en mucho, mucho tiempo.

"Pero si he aprendido algo en los muchos años que llevo estudiando historia es que todos los mitos tienen algo de verdad. Uno debe llegar al fondo del mito para descubrirla, pero está allí, lejos de la superficie, esperando a ser revelada.

Obi-Wan no estaba seguro del tiempo que llevaba mirando fijamente cuando se obligó a sí mismo a cerrar los ojos y volver a concentrarse en la tarea que tenía entre manos. Murk Lundi hacía que los Sith fueran más reales que los cuentos nocturnos de fantasmas, pero ésa no era la razón por la que él se encontraba allí. No podía perder la concentración.

Pero al sucumbir a sus palabras, aunque sólo fuera durante poco tiempo, Obi-Wan entendió la admiración que los alumnos sentían por Murk Lundi. Su inteligencia y su carisma aumentaban el interés que tenían de por sí sus clases. El poder que tenía sobre los estudiantes era impresionante y, lo que era más, peligroso. Los alumnos parecían dispuestos a creer cualquier cosa que les dijera el profesor sin cuestionarlo, y su forma de hablar del Lado Oscuro lo hacía parecer atractivo. ¿No les estaría induciendo a ir demasiado lejos?

Obi-Wan volvió a fijarse en los estudiantes. El de la cabaña de Korriban tenía que ser uno de ellos, o alguien como ellos.

Un pequeño grupo de la primera fila atrajo la atención de Obi-Wan. Eran cuatro alumnos sentados en el centro de la fila, y se echaban hacia delante cada vez que el profesor hablaba.

El primero, un humanoide de pelo oscuro, asentía cada vez que el profesor Lundi terminaba una frase. A su lado había un chico pelirrojo tan absorto, que tenía las manos sobre el escritorio como si hubiera estado a punto de cruzar los brazos, pero se hubiera quedado congelado al empezar a hablar el profesor. El tercero estaba transcribiendo todo en un datapad, pese a que una pequeña cámara flotante grababa toda la clase. Y, por último, una chica que se aferraba protectora a un abrigo y un maletín que, según supuso Obi-Wan, pertenecían al doctor Lundi.

De repente, una luz amarilla se iluminó sobre la mesa del chico moreno de la primera fila. Obi-Wan se dio cuenta de que la señal indicaba que el alumno quería formular una pregunta.

El doctor Lundi se detuvo en plena frase. Giró la cabeza sobre su largo cuello, y Obi-Wan pudo percibir un gesto de enfado en el ojo descubierto del quermiano. Pero el enfado desapareció al ver quién osaba interrumpirle. Obviamente, el chico era uno de sus favoritos. El doctor Lundi incluso le llamó por su nombre.

—¿Sí, Norval? —preguntó.

Norval se puso en pie.

—Por favor, disculpe la interrupción, profesor. Sólo quiero saber si es cierto que los Sith eran más poderosos que los Jedi.

El doctor Lundi se rió en voz baja, como si la pregunta de Norval fuera infantil.

—Claro que sí —dijo—. El poder y la venganza son motivos mucho más fuertes que la paz. Los Sith hubieran controlado toda la galaxia de no haber cometido un error...

El doctor Lundi se vio interrumpido por un timbre que indicó el final de la clase.

Los alumnos se quedaron sentados en silencio, con la esperanza de que el profesor terminara de formular el argumento, pero el doctor Lundi ya recogía el abrigo y el maletín de manos de la chica de la primera fila.

—La semana que viene no habrá clase —anunció el profesor. Los alumnos emitieron un lamento. Lundi sonrió al ver la reacción—. Voy a tomarme unas pequeñas vacaciones.

Se encendieron un montón de luces amarillas por toda la sala.

—Quizá cuando regrese pueda compartir con ustedes una información muy interesante. —El doctor Lundi sonrió misteriosamente—. Hasta entonces, mi asistente Dedra será la que responda a las preguntas de después de clase.

La chica que había estado sujetando las cosas del profesor se colocó frente a la clase, y Obi-Wan tuvo la impresión de que ella se sentía abrumada. Mientras tanto, el doctor Lundi salía de la sala seguido por Norval y el chico pelirrojo, a quien Norval llamó Omal. Obi-Wan se dio cuenta de que el pelirrojo tenía una mirada de ojos brillantes e inteligentes. Estaba muy animado y charlaba contento con Norval sobre la clase.

Obi-Wan y Qui-Gon se miraron antes de abrirse paso hacia la puerta para salir del aula. Parecía que también tendrían que tomarse unas vacaciones.

Capítulo 3

A Qui-Gon le hubiera gustado quedarse para charlar con los alumnos de la clase del doctor Lundi, pero el anuncio sorpresa del profesor lo cambió todo. El doctor Lundi iba a alguna parte y se traía algo entre manos, y lo más importante era averiguar adonde se dirigía y qué era.

El quermiano se movía muy rápidamente para alguien de su edad, pero los Jedi consiguieron seguirle el ritmo. Qui-Gon siguió a Lundi a una terminal y le vio meterse en una nave de tamaño mediano. Los Jedi no sabían adonde iba, pero no tuvieron más remedio que subir a bordo.

Una vez dentro se dieron cuenta de que era un vuelo privado fletado de manera expresa. La cabina principal estaba llena de asientos en su mayoría ocupados. Tanto los asientos como los pasajeros parecían algo venidos a menos.

—¿Vais a Lisal? —gruñó una voz desde un oscuro rincón cerca de la entrada.

—Sí —respondió rápidamente Qui-Gon. El destino de la nave le sonaba de algo.

—¿Billetes? —preguntó la voz.

—Dos, por favor —respondió Qui-Gon.

—Ya es demasiado tarde para adquirirlos —dijo el capitán con aplomo, saliendo de entre las sombras y evidenciando ante los Jedi su mal aliento y sus dientes rotos—. Si no los habéis comprado ya, tendréis que pagar el doble.

—Creo que preferimos pagar el precio normal —respondió Qui-Gon mirando fijamente al piloto a los ojos.

—Bien, entonces que sean dos a precio normal —dijo el capitán. Se metió la mano en el bolsillo de la túnica y sacó dos mugrientas fichas—. Vais a tener que sentaros al fondo.

Obi-Wan dio unos cuantos créditos al capitán mientras Qui-Gon buscaba a Murk Lundi entre la multitud. No se sentaba con los demás pasajeros, pero, habiendo tantas miradas fijas en él, el Jedi no se atrevió a seguir buscándole. Al menos no en ese momento.

Obi-Wan y Qui-Gon se abrieron paso hasta la última fila y se sentaron. Al sentarse, Qui-Gon se dio cuenta de que el asiento de delante estaba demasiado cerca, obligándole a adoptar una cómica postura de rodillas flexionadas. No había sitio para que el enorme Jedi se acomodara. Varios de los extraños pasajeros que tenía delante se giraron para mirarlos con odio.

Éste no es el típico grupo de viaje organizado, pensó Qui-Gon. Los pasajeros parecían más malhumorados que los típicos viajeros de placer de Coruscant. Jocasta Nu les había advertido de que cualquiera podría ser miembro de las sectas Sith, y que eso dificultaría poder reconocerlos en plena multitud. De repente, Qui-Gon se preguntó si no se habrían metido en medio de la secta. ¿Por qué le sonaba tanto Lisal?

El capitán, no sin esfuerzo, cerró las puertas de la nave. Tras pulsar y aporrear varios botones, arrancó el panel de control y se puso a empalmar los cables chisporroteantes del interior.

—Espero que el motor esté en mejores condiciones —comentó Obi-Wan, lo que consiguió que les miraran todavía más.

Qui-Gon deseó haber tenido un poco más de tiempo para reflexionar sobre el cariz que estaba cobrando la misión y en qué se estaban metiendo su aprendiz y él. Todo ocurría demasiado deprisa. Aquella mañana habían ido a vigilar a un influyente profesor, y, de repente, estaban abandonando el planeta.

En el fondo de su ser, Qui-Gon tenía la extraña sensación de que aquel viaje no era lo que parecía. De repente, tuvo una corazonada. Podía ser una trampa.

Se puso en pie. Quizás aún estaban a tiempo de salir de allí, pero antes de poder decidir lo que iba a hacer, las maldiciones del capitán se convirtieron en gritos de ira. Alguien gritaba el

nombre del doctor Lundi e intentaba colarse por la rendija de la puerta.

Qui-Gon tardó un segundo en reconocer al chico que quería subir a bordo. Era Norval, el alumno moreno de la primera fila.

El capitán hizo lo que pudo por expulsar al intruso por la puerta medio cerrada. Varios pasajeros se apelotonaron para contemplar la escena. No se sabía si querían ayudar a Norval a entrar o al capitán a echarlo. De pronto, las puertas se abrieron tras una lluvia de chispas del panel de control, y Norval y otros pasajeros fueron a parar al suelo.

—¡Vas a pagar el triple! —exclamó el capitán, señalando a Norval y rociándolo de saliva junto a otros pasajeros.

—No va a quedarse —dijo una voz tranquila y conocida desde detrás del capitán. Era el profesor. Con aquel caos, Qui-Gon no lo había visto aparecer.

—Por favor, lléveme con usted —suplicó Norval. Cogió la túnica del doctor Lundi por los bordes—. Me necesita —susurró—. Nadie conoce sus textos mejor que yo. Los he estudiado palabra por palabra. Tiene que enseñarme a utilizar el...

—¡Seguridad! —gritó Lundi de repente—. Seguridad, llévense a este chico de inmediato.

Dos enormes guardias del hangar aparecieron en la plataforma e izaron a Norval por los aires.

—¡Es usted demasiado viejo para utilizarlo solo! —continuó gritando Norval mientras lo sacaban de la nave y lo arrastraban por la rampa—. ¡Me necesita!

Murk Lundi no se movió. Cuando las súplicas de Norval se perdieron en la lejanía y el capitán consiguió cerrar las puertas, él siguió contemplando la escotilla de duracero.

Qui-Gon vio entonces la oportunidad de abandonar su asiento. Se abrió paso entre los distraídos pasajeros, tirando de Obi-Wan tras de sí. No iban a abandonar la nave. La misión era más importante de lo que había creído.

Todo indicaba que existía un Holocrón Sith, y que Murk Lundi iba en su busca.

Capítulo 4

Obi-Wan intentó abrir la puerta aunque sabía que era inútil; ninguna de las puertas del pasillo había cedido. Así que le sorprendió encontrar una que se deslizaba fácilmente hacia la pared. El olor a cerrado que emanaba de la sala confirmó que, a pesar de que la puerta no estaba cerrada, nadie la había abierto en mucho tiempo. Aquella sala de atmósfera rancia sería perfecta.

Tras indicárselo a su Maestro, Obi-Wan entró para echar un vistazo. Parecía una lavandería abandonada. Había pilas de uniformes amontonados en el suelo y agua estancada en dos grandes recipientes.

Qui-Gon arrugó la nariz al entrar.

—Buen trabajo, Obi-Wan —dijo con serenidad mientras cerraba la puerta—. Nadie nos buscará aquí.

Cogió el intercomunicador del cinturón y llamó al Templo.

—Razón tienes al seguirle —dijo Yoda tras escuchar el informe de Qui-Gon—. El Holocrón encontrar debemos.

Y Lundi es la única pista que tenemos, pensó Obi-Wan.

Bant y Kit Fisto no pudieron proporcionarles ninguna pista sobre dónde podía estar el Holocrón. Lo mejor era seguir a Lundi para arrebatárselo cuando lo encontrase.

Qui-Gon cortó la transmisión. Obi-Wan se dio cuenta de que él opinaba lo mismo. A menos que supieran adonde iban, sería casi imposible encontrar el Holocrón antes que Lundi.

—Necesitamos más información —murmuró Qui-Gon, reactivando el intercomunicador. Un momento después, la voz de Jocasta Nu resonó en la pequeña estancia.

—Se han oído rumores sobre la existencia de holocrones Sith en varios lugares de la galaxia. Lisal, Korriban, Kodai, Doli. Casi todos han sido investigados por equipos Jedi, pero nunca se ha encontrado nada.

—Gracias, Jocasta. Como siempre, nos has sido de mucha ayuda.

—Estoy aquí para suministrar información. No dudéis en poneros en contacto conmigo si necesitáis saber algo más —respondió ella.

—Por supuesto —Qui-Gon cortó la señal y se giró hacia su padawan—. Lundi debe de estar buscando el Holocrón de Lisal —dijo.

Eso es demasiado fácil, pensó Obi-Wan.

—Necesitamos saber más. Voy a buscar a Lundi —dijo el padawan. Se quitó la túnica que se había puesto para no llamar la atención entre los estudiantes.

—Paciencia, Obi-Wan —dijo Qui-Gon para calmarle—. Cada cosa a su debido tiempo.

Obi-Wan sabía que el Maestro tenía razón, pero se sentía frustrado. Fue pateando la pila de uniformes que tenía a los pies hasta encontrar uno que parecía más o menos de su talla. Tras probárselo por encima, se lo puso. Le iba bastante bien.

—Esta noche no descubriremos nada —dijo Qui-Gon—. Tenemos que dar tiempo a Lundi para que se confíe y baje la guardia. Lisal está a dos días de aquí. Tenemos tiempo. —Se arrellanó en una de las pilas de ropa y se dispuso a dormir.

Obi-Wan suspiró e hizo lo mismo. Qui-Gon tenía razón, pensó. Pero, para él, esperar era la peor parte de las misiones. Le ponía muy nervioso. Y cuando estaba nervioso no conciliaba fácilmente el sueño.

Obi-Wan se despertó bruscamente. Algo no iba bien. Se recostó e invocó a la Fuerza para

intentar encontrar la fuente del peligro que sentía. Cuando se aseguró de que en la lavandería no había nadie más aparte de su Maestro y él, soltó la empuñadura de su sable láser.

A su lado, Qui-Gon respiraba rítmicamente, dormido o en meditación profunda. Lo que había perturbado a Obi-Wan parecía no haber afectado a su Maestro.

Obi-Wan se tumbó y cerró los ojos para intentar recapturar una imagen de lo que le había asustado. ¿Había sido un sueño? ¿Una presencia? ¿O sólo un presentimiento?

Los holocrones piramidales flotaban en su mente. Era verdaderamente inquietante pensar que podía haber un buen número de esas potentes cápsulas por la galaxia, pero no era eso lo que le había despertado.

Los holocrones se desvanecieron y en su lugar apareció una figura. Obi-Wan dejó crecer su temor a medida que se perfilaba la figura. Luego se relajó, dejó de sentir miedo y se centró en la figura. Pero por mucho que lo intentara no podía verle el rostro. La cara permanecía oculta en sombras y se hizo patente una sensación: la de que alguien les había descubierto.

Cuando Obi-Wan salió de su meditación, vio que su Maestro estaba despierto y había sido testigo de su agitación.

—Es un aviso —le dijo cuando Obi-Wan le contó todo—. Tenemos que actuar con suma cautela y averiguar adonde vamos. Rápido.

Obi-Wan se rió cuando vio a Qui-Gon aparecer en el pasillo con un uniforme de mecánico. Los pantalones apenas le llegaban a la caña de la bota, y se había remangado para ocultar el hecho de que las mangas eran al menos diez centímetros demasiado cortas. Pero tuvo que admitir que nadie lo tomaría por un Maestro Jedi.

—Pues tú tampoco estás mucho mejor —dijo Qui-Gon a su aprendiz.

Obi-Wan era consciente de ello. Tras llevar el sucio uniforme que había sacado la noche anterior de la pila, hasta olía a mecánico.

—Imagino que Lundi habrá pedido un camarote privado. Vamos a separarnos y a inspeccionar la nave. Tenemos que encontrarlo a él y a sus aposentos —dijo Qui-Gon poniéndose manos a la obra—. No dejes que te vea el capitán.

Obi-Wan asintió y empezó a recorrer tranquilamente el pasillo, alejándose de Qui-Gon. Intentó abrir puertas y buscó con sus sentidos. Lundi era una presencia tan fuerte que no le costaría mucho encontrarlo.

Al cabo de unos minutos, Obi-Wan vio las puertas abiertas que daban al puente. Se puso contra la pared del pasillo, se detuvo y escuchó. El capitán estaba al mando, por supuesto, pero allí había alguien más.

Obi-Wan no tardó en darse cuenta de que era Lundi. Pero ¿qué hacía a los mandos de la nave?

Miró a su alrededor y descubrió una escalera de mantenimiento. Llevaba a una pasarela que pasaba sobre el puente de mando hasta los paneles de acceso a los motores de hipervelocidad. Si se colgaba boca abajo y el capitán y Lundi no alzaban la vista, podría acercarse lo suficiente para oír lo que decían. Obi-Wan empezó a subir.

—Creo que no me entiende, capitán —dijo Lundi en voz baja y tono amenazador—. No le pregunto si va a parar en Nolar. Le estoy diciendo que pare en Nolar.

—Y lo que usted no parece entender es que esta nave no va a Nolar. ¡Va a Lisal! —gritó el capitán. Luego golpeó con el fornido puño en los mandos, haciendo saltar una pieza.

—¡Pero es que yo no tengo que ir a Lisal! —dijo Lundi manteniéndose firme.

Obi-Wan se acercó más y más por la pasarela hasta casi estar sobre Lundi y el capitán.

Lundi movía lentamente la cabeza de adelante atrás, mientras manipulaba algo que tenía bajo la túnica. El capitán seguía con la mirada el movimiento de la pequeña cabeza del quermiano.

—Sólo lo diré una vez más —dijo Lundi sin dejar de balancear la cabeza—. El equipo que necesito está en Nolar. Usted se detendrá en Nolar. Haré que el desvío le merezca la pena.

Con gran esfuerzo, el capitán apartó la vista del rostro del quermiano y se fijó en los pliegues de la túnica del profesor.

Obi-Wan apenas pudo ver algo que brillaba en las manos de Lundi, quizá un objeto

realmente valioso. Fuera lo que fueSE, pareció conseguir que el capitán cambiara de opinión.

—Me detendré, pero no me quedaré esperando —finalmente, soltó al capitán.

—No se arrepentirá —le respondió Lundi.

Capítulo 5

La nave aterrizó en Nolar al cabo de una hora. Obi-Wan apenas tuvo tiempo de encontrar a su Maestro e informarle de lo escuchado en el puente.

Cuando Lundi desembarcó apresuradamente en Nolar, Obi-Wan y Qui-Gon se abrieron paso al exterior, dejando atónito al capitán. Los Jedi siguieron al profesor hasta un pequeño hangar adjunto. Sólo había una nave dentro, y Lundi habló un momento con el piloto antes de salir del hangar.

—Parece que acaba de hacer un trasbordo —dijo Obi-Wan pensativo, mientras los Jedi seguían a Lundi hacia la ciudad—. Pero a mí me dio la impresión de que Nolar era su destino final. ¿Adonde crees que irá ahora?

Qui-Gon exhaló lentamente.

—Pronto lo sabremos.

La capital, Nolari, era una ciudad multitudinaria con mucho tráfico, tanto aéreo como terrestre. Estaba repleta de seres procedentes de todos los confines de la galaxia.

Obi-Wan intentó no alejarse de su Maestro, que avanzaba decidido.

No era difícil seguir a Murk Lundi. El largo cuello, los numerosos brazos y la diminuta cabeza lo convertían en un llamativo objetivo visual, hasta en una metrópoli con la densidad de población de Nolari. Pero Obi-Wan no tardó en empezar a inquietarse. Se dio cuenta de que alguien o algo les seguía a ellos. ¿Pero qué o quién?

Sin bajar el ritmo, Qui-Gon se volvió hacia su aprendiz.

—No te separes de mí —le dijo con calma—. Creo que nos siguen.

—Yo también siento una presencia, Maestro —respondió Obi-Wan—, pero no sé de quién podría tratarse.

Qui-Gon empezó a moverse más deprisa entre la multitud. Obi-Wan estaba acostumbrado a las largas y poderosas zancadas de su Maestro, pero le costaba moverse discretamente. A pesar de lo variado del gentío, los malolientes uniformes de mecánico que llevaban parecían llamar la atención.

Echó un rápido vistazo por encima del hombro y, de repente, vio a su perseguidor: una figura humanoide que llevaba una larga capa y un casco.

—Lo he visto, Maestro —dijo Obi-Wan con serenidad—. A unos cuarenta pasos por detrás, a la derecha.

Qui-Gon asintió con rapidez.

—Vamos a tener que separarnos —dijo—. Yo seguiré a Murk. Tú intenta alejar de mí a nuestro nuevo amigo o amiga, y luego da un rodeo para saber quién es.

Obi-Wan asintió. Echó otro vistazo por encima del hombro y, cuando volvió a mirar al frente, Qui-Gon había desaparecido entre la multitud.

Obi-Wan giró repentinamente en redondo. Utilizando su visión periférica, vio que su perseguidor se detenía un momento, como si no supiera adonde ir. Un momento después, se decidió a seguir a Obi-Wan.

Aliviado, el padawan siguió avanzando. Zigzagueó por el abarrotado mercado, deteniéndose apenas un momento para contemplar las deliciosas frutas y verduras que vendían en los puestos. Varios vendedores le hablaron a gritos, en un agresivo intento por vender sus mercancías. A Obi-Wan le rugía el estómago, pero, por desgracia, no había tiempo para merendar.

En la parte de atrás del mercadillo, Obi-Wan se escondió detrás de una pila de cajas. Su perseguidor pasó rápidamente por delante, pero cuando Obi-Wan salió de su escondite, ya había desaparecido de nuevo. Tras echar un rápido vistazo, Obi-Wan retomó su camino, pero no pudo encontrar a la figura solitaria recorriendo las calles.

Empezaba a preocuparse por haber fallado en su misión cuando de repente vio una tela gris moverse más adelante. Se apresuró y vio a la figura perdiéndose tras una esquina.

Parece definitivamente humanoide, pensó Obi-Wan. ¿Pero masculino o femenino?

Obi-Wan dobló la esquina a toda prisa y estuvo a punto de chocar con un grupo de personajes de aspecto sospechoso. Molestos por la intrusión, dos de ellos miraron con odio al Jedi, mientras un tercero sacaba una pistola láser y la apuntaba al pecho de Obi-Wan.

—Te has equivocado de calle —le gruñó. Tenía el brazo vendado a la altura de la muñeca, pero el peso del láser no le hacía temblar.

Obi-Wan no dejó de mirar al hombre mientras sacaba el sable láser del cinto. ¿No le había visto en la clase del doctor Lundi en Coruscant? ¿O acaso fue en la nave? El joven Jedi estaba casi convencido de que Qui-Gon y él habían sido los únicos pasajeros que habían desembarcado junto al profesor.

—Me temo que no es tu día de suerte —soltó otro maleante.

Obi-Wan dio un pequeño paso adelante y encendió el sable láser. Esa acción solía bastar para intimidar a sus atacantes, pero los matones no se arredraron. De hecho, lo que consiguió fue que le apuntaran dos pistolas más.

—Vaya, un sable láser —dijo en tono burlón uno de los delincuentes armados—. Pero ¿lo usará sabiamente para obtener poder y venganza, o como un estúpido, para luchar por la paz?

El resto de los matones sonrieron, y a Obi-Wan le dio un vuelco el corazón. Había oído antes esas palabras y no hacía mucho: en la clase del doctor Lundi. Sin duda, aquellos seres conocían la obra de Lundi. ¿Le habían tendido una emboscada? Iba a preguntárselo, pero uno de ellos disparó antes de que pudiera articular palabra.

Obi-Wan se giró. Demasiado tarde. El proyectil le rozó el hombro y sintió un intenso dolor traspasándole la carne. Ignoró el agudo escozor y dio un salto adelante, girando al mismo tiempo. Esa vez sí alcanzó su objetivo, y cortó un dedo a uno de sus atacantes con el sable láser.

El matón aulló de dolor.

—No puedes ganar, Jedi —masculló. Se agarró la mano herida y se escabulló por el callejón. Sus boquiabiertos compañeros no tardaron en seguirle.

Tras volver a poner el sable láser en el cinto, Obi-Wan se miró el hombro. El dolor había remitido, la herida no era grave y pronto sanaría.

Cuando salió a la calle principal, ya había perdido el rastro a su perseguidor. Se quedó completamente inmóvil un momento, reconcentrando la energía para determinar qué camino debía seguir. La respuesta no le quedó clara del todo.

Obi-Wan se encaminó en una nueva dirección, alejándose del concurrido mercadillo. El centro de la ciudad fue cediendo paso a grandes edificios que parecían almacenes. Cuando percibió la presencia de Qui-Gon, Obi-Wan se alegró de que el perseguidor no estuviera cerca. El aprendiz se detuvo frente a uno de los almacenes, atravesó la entrada y se coló en el interior.

Supo inmediatamente que su Maestro no estaba solo. Murk Lundi también se encontraba allí. Obi-Wan avanzó sigilosamente por entre las enormes cajas y la maquinaria del lugar, acercándose hacia el centro de la enorme estancia. No tardó en escuchar a dos hombres en plena conversación.

—Necesito de inmediato un taladro Nolariano 6000 —dijo una de las voces. Obi-Wan reconoció al doctor Lundi.

Se asomó desde detrás de un vehículo y pudo ver a Lundi hablando con un técnico de maquinaria. El técnico cargaba con una enorme llave mecánica y tenía los antebrazos sucios de grasa.

—No tenemos —dijo sin más—. Hay recortes. Y tal y como nos han estado vigilando los del comité de seguridad minera, seguirá habiéndolos durante un tiempo.

—Necesito un 6000. Para hoy —repitió Lundi.

El técnico suspiró como si le pidieran taladros subacuáticos gigantes todos los días.

—¿Es que no me has oído? —le preguntó irritado—. Te he dicho que no tengo. Y que no sé cuándo tendré.

Lundi miró fijamente al hombre sin dejar de apretar los puños. Su rostro se contraía en una mueca retorcida.

Obi-Wan, oculto tras la maquinaria, empezó a marearse de repente. Tenía la vista borrosa y las voces parecían alejarse cada vez más. En su estado de confusión, se dio cuenta de que la ira del doctor Lundi repercutía en él. Yoda le había contado que la ira y el odio podían afectar a la mente de uno, pero jamás se había sentido aturdido por el enfado de otra persona. El Maestro Jedi Yarael Poof tenía unos impresionantes poderes de sugestión. Puede que todos los quermianos fueran algo telepátas.

Se concentró y logró despejar su visión y su mente. Se centró en el trasfondo de la escena que estaba presenciando. Lundi hablaba a gritos con el técnico.

—Debilucho patético —exclamó—. Sólo un idiota permitiría que esos tecnicismos interrumpieran su trabajo.

El técnico permaneció inmóvil ante Lundi, como congelado.

Lundi se giró y se dirigió iracundo hacia la entrada principal.

—Tengo poder para encontrarlo sin tu estúpida maquinaria —se dijo a sí mismo, gesticulando violentamente con los numerosos brazos—. Sólo es cuestión de precisión. Sí. Sólo tengo que calcular bien el momento.

¿Y eso qué significará?, se preguntó Obi-Wan mientras seguía a Lundi al exterior. Su Maestro le seguía de cerca, y ambos Jedi salieron a la calle como si no se hubieran separado en ningún momento.

Pero Lundi había desaparecido.

Capítulo 6

Qui-Gon notó la herida del hombro de Obi-Wan, y su expresión dolorida, mientras éste se adelantaba para escudriñar la calle. No había rastro de nadie. Al igual que Obi-Wan, se preguntaba adonde habría ido Lundi tan rápidamente, pero tampoco era la desaparición más extraña que había presenciado.

Obi-Wan regresó con su Maestro. Abrió la boca como para decir algo, cuando un tercer personaje apareció corriendo en dirección opuesta. Tras un leve gesto de asentimiento, los Jedi fueron tras él.

La figura se escabulló por un callejón y desapareció en la estrecha distancia que había entre dos edificios. Los Jedi le siguieron de cerca y estuvieron a punto de chocar con un muro de duro cemento. No había salida.

Qui-Gon pasó los dedos por la superficie de la pared para ver si era una especie de barrera temporal. La pared parecía fija y sólida, pero la escurridiza figura no estaba por ninguna parte.

—¡Esta misión me está volviendo loco! —dijo Obi-Wan exasperado—. No vamos a ninguna parte.

Qui-Gon miró fijamente a su padawan. Luego se agachó para ver más de cerca la herida del hombro de Obi-Wan.

—Me rodearon unos matones de barrio —dijo Obi-Wan con más calma, pero no pudo contener su frustración—. Estaban buscando problemas, y cuando se enteraron de que yo era Jedi, se ensañaron todavía más —su voz subió de volumen y se apartó de su Maestro—. No sé cómo puede haber tanta gente yendo a por nosotros, si no sabemos ni a por lo que vamos.

La respuesta del joven Jedi no era apropiada, por supuesto. Un Caballero Jedi no podía tener rabietas coléricas. Pero esa misión estaba resultando de lo más frustrante. Qui-Gon se dio cuenta de que su padawan sentía una ira alimentada por el contacto cercano del Lado Oscuro, y no sólo por la humillación de haber sido herido por una banda de rufianes. Era vital que se mostrara paciente y lo guiara en la dirección adecuada. Si no lo hacía, el chico podía dar un paso fatal y perderse para siempre.

—No permitas que la misión te perturbe, padawan —dijo Qui-Gon con calma—. Sé que es difícil. Nos enfrentamos a una poderosa fuerza maligna. Pero enfadarse sólo significa dar un paso peligrosamente en falso hacia el Lado Oscuro.

Obi-Wan se miró los pies, como si estuviera avergonzado por haberse enfadado.

—La ira y el miedo son caminos fáciles hacia el Lado Oscuro —prosiguió Qui-Gon, como si Obi-Wan le hubiera contado lo avergonzado que estaba—. No es difícil dejar que los sentimientos negativos te dominen. Sé lo difícil que es dejar que fluyan por tu interior y que desaparezcan sin reaccionar ante ellos. Pero es precisamente eso lo que tienes que hacer.

Obi-Wan asintió, y Qui-Gon se dio cuenta de que el chico había comprendido lo que le decía. Pero también supo que era mucho más difícil sentirlo de corazón.

Sin decir palabra, Qui-Gon se giró y abandonó el callejón sin salida, en dirección a la calle principal.

—Vamos a repasar lo que sabemos —dijo mientras seguía avanzando. Lo cierto era que no estaba tan seguro como parecía de lo que debían hacer, pero quería dar a su padawan la impresión de que estaban en el camino correcto.

—Sabemos que el doctor Lundi tiene un gran número de seguidores entre sus estudiantes... y entre los que no son sus estudiantes. Hay sectas Sith por toda la galaxia y es muy probable que estén en contacto entre sí. Eso explicaría que haya tanta gente ansiosa por detenernos. Sabemos que Lundi busca un Holocrón Sith, y para ello necesita un equipo minero difícil de conseguir. O al

menos que le gustaría disponer de ese equipo para buscar el objeto. También sabemos que hay un problema de tiempo, y que Lundi no está seguro de poder conseguir él solo el Holocrón.

—Eso sólo es el desvarío de un estudiante con demasiada imaginación —indicó Obi-Wan—. De alguien desesperado por que le incluyeran en el viaje.

Qui-Gon bajó ligeramente el ritmo.

—Cierto —asintió—, pero en otras ocasiones hemos recibido información muy precisa de fuentes todavía más disparatadas.

Obi-Wan no respondió y Qui-Gon decidió no insistir sobre el tema. El chico necesitaba tiempo para procesar sus sentimientos.

Los Jedi decidieron regresar al hangar. Si se daban prisa quizá consiguieran colarse en la recién alquilada nave del doctor Lundi antes de que despegara.

Llegaron al mercado y Qui-Gon sacó el intercomunicador del cinturón. Era hora de llamar al Consejo Jedi. Aquella misión estaba empezando a ser cualquier cosa menos normal, y quería mantener a Yoda informado de sus progresos.

Pero le sorprendió la información que Yoda tenía para él.

—Información sobre otra gran colección de objetos Sith tenemos —dijo Yoda con seriedad. Su voz sonaba firme, pero Qui-Gon se dio cuenta de que el sabio Maestro Jedi estaba alarmado—. Un informante anónimo nos la dio.

Qui-Gon escuchó con atención todo lo que le decía Yoda, deteniéndose varias veces a lo largo de la calle. Obi-Wan se paró a su lado, expresando curiosidad y preocupación con la mirada. Cuando la transmisión terminó, Qui-Gon suspiró pesadamente. Empezaba a tener un mal presentimiento sobre todo aquello.

—Han descubierto más artefactos Sith —empezó a decir Qui-Gon.

—Imaginé que sería algo así —dijo Obi-Wan, asintiendo con seriedad—. ¿Qué han encontrado?

—Un almacén lleno de armas y dispositivos a medio construir, además de copias de los textos y las enseñanzas del doctor Lundi —respondió Qui-Gon—. En la pared estaba pintado el dibujo emblema del Holocrón Sith.

Obi-Wan guardó silencio por un momento, mientras seguían avanzando hacia el hangar.

—¿Dónde está ese almacén? —preguntó al fin.

—En Umgul, en el Borde Medio —respondió Qui-Gon. Apretó ligeramente el paso. Tenían que regresar al hangar cuanto antes.

Obi-Wan mantuvo el ritmo de su Maestro.

—Nada que ver con el primer montón de objetos —dijo pensativo.

—Exactamente —asintió Qui-Gon. Hacía poco que oían hablar de los discípulos de la secta Sith, pero se dio cuenta de que se estaban convirtiendo en una realidad fría y terrible.

Qui-Gon pasó por delante de un alienígena que vendía dispositivos electrónicos y de una hembra humanoide que empujaba un carrito de fruta.

¿Estudiarán a los Sith?, se preguntó.

De repente, un pequeño grupo de gente se puso ante Qui-Gon, que por un momento perdió el rastro de su aprendiz. Normalmente no se habría preocupado, pues era imposible tener constantemente vigilado a su padawan. Pero, por alguna razón, en ese momento se inquietó.

Antes de que pudiera abrirse paso entre la multitud, se oyó un disparo de pistola láser.

Capítulo 7

Obi-Wan activó el sable láser en menos de un segundo, pero era difícil adivinar de dónde procedían los disparos rodeado por todas partes de hordas de vociferantes ciudadanos. Se concentró y se quedó completamente inmóvil durante un nanosegundo. Luego saltó, haciendo caso omiso del dolor lacerante que sentía en el hombro, y consiguió rechazar tres proyectiles. Entonces, el tiroteo terminó.

Resonaron gritos de pánico a su alrededor antes de que finalizaran los disparos. En el caos posterior, fue imposible determinar de dónde habían procedido. Desactivó el sable láser entre gritos y miradas asustadas. Por suerte, no parecía haber heridos.

De pronto, Qui-Gon volvió a estar a su lado. Su Maestro no necesitaba decir nada para que Obi-Wan supiera que no tenía sentido intentar la persecución del atacante. Lo que tenían que hacer en ese momento era encontrar la ruta de escape más directa.

Qui-Gon se internó entre el gentío hacia un área aislada fuera del mercado. Estaban recuperando el aliento cuando se reanudó la lluvia de disparos, que pasaron rozando la cabeza de Obi-Wan, casi dándole en la oreja. El chico se agachó y volvió a ponerse en pie con rapidez. Sin duda había llegado el momento de regresar al hangar.

Mientras corrían por las calles, Obi-Wan se preguntó si la vida en Nolar siempre era así de peligrosa, y si aquel tiroteo estaba dirigido contra los Jedi. Y, en ese caso, ¿quién estaría detrás de aquello? ¿Los matones del callejón? ¿Cuántos discípulos podía tener una secta Sith? ¿Quién les informaba?

Otro disparo láser pasó por su lado, a apenas un metro de distancia. Estaban consiguiendo escapar.

Obi-Wan corría tras su Maestro, que parecía estar tomando un rodeo, quizás intentando despistar de una vez por todas a sus perseguidores. Doblaron esquinas, recorrieron intrincadas callejuelas y dejaron atrás a sus atacantes.

Por fin llegaron al hangar. Obi-Wan entró corriendo en él y se detuvo en seco al ver que la nave alquilada por Lundi ya no estaba allí. El piloto yacía en el suelo.

Los Jedi se acercaron a él. Su gran cabeza pelirroja yacía en el suelo, doblada en un extraño ángulo. Tenía un bulto con mal aspecto en la nuca, y uno de sus largos brazos reposaba sobre los ojos cerrados.

Qui-Gon se agachó a su lado y le tomó el pulso.

—Débil y lento, pero tiene pulso —informó mientras se apoyaba sobre los talones.

—¿Crees que le han drogado? —preguntó Obi-Wan, mirando el cuerpo. Los pies didácticos del piloto estaban doblados de forma extraña.

—Eso parece —respondió Qui-Gon—. Y también creo que le han golpeado en la cabeza —se levantó, suspirando profundamente—. Quizá pasen horas hasta que podamos hablar con él.

Obi-Wan contuvo su exasperación. Otro callejón sin salida. Estaban en una misión importante, pero no tenían ni idea de adonde iban o de lo que tenían que hacer. Y, para colmo, no podían salir de un planeta que compartían con alguien que quería detenerlos, a ser posible para siempre.

Obi-Wan se sentó de espaldas al piloto, a esperar, sin dejar de intentar contener su frustración.

Dos horas después, el piloto gruñó y se incorporó aturdido. Miró a su alrededor, intentando

entender qué hacían allí dos Jedi y por qué su nave no estaba donde había estado horas antes. Hubo un momento de tenso silencio antes de que empezase a proferir gritos de rabia. Quiso ponerse en pie de un salto, pero volvió a sentarse. Se acarició la magullada nuca, encontró el bulto y se quejó un poco más.

—Procura mantener la calma —dijo Qui-Gon en tono tranquilizador. El piloto soltó una maldición, pero no volvió a intentar levantarse.

—¿Te han robado la nave? —preguntó el Jedi, tras lo cual se levantó y cruzó el hangar a grandes zancadas.

—Bueno, no creo haberla extraviado en otro sitio —respondió el piloto, malhumorado. Su voz sonaba extraña, ya que procedía simultáneamente de sus dos bocas. Miró a Qui-Gon con desconfianza—. ¿Quiénes sois?

—Soy Qui-Gon Jinn, y éste es mi aprendiz, Obi-Wan Kenobi —respondió Qui-Gon—. Creemos que la persona que nos sigue podría ser la misma que ha robado tu nave. ¿Podrías contarnos lo que ha sucedido?

El capitán se frotó suavemente el bulto que le había salido en la nuca.

—Estaba trabajando en la nave... realizando algunos ajustes en el motor de hipervelocidad. Entonces apareció alguien por detrás y me golpeó en la nuca —el piloto puso cara de dolor mientras seguía acariciándose la herida.

—¿Viste a tu atacante? —preguntó Obi-Wan.

El piloto negó con la cabeza.

—No vi a nadie. Ni oí nada, la verdad. Sería un ladrón, o un ratero. Hay muchos por aquí.

—¿Crees que pudo ser el que alquiló tu nave hace unas horas? ¿El quermiano?

—¿Cómo sabéis lo del quermiano? —preguntó el capitán. Pero antes de que el Jedi pudiera responder, el hombre hizo un gesto con la mano, dando a entender que daba igual—. No importa, pero no entiendo por qué atacaría al piloto que iba a llevarlo adonde quería ir.

—Quizá lo que quería era conducir él mismo la nave —musitó Qui-Gon.

—O ahorrarse el dinero del billete —añadió Obi-Wan.

El piloto suspiró.

—Hay muchos ladrones en Nolar. Este tipo de cosas pasan constantemente —miró a su alrededor, al hangar vacío. Su mirada se tiñó de ira—. Pero a mí no.

Obi-Wan sabía cómo se sentía el piloto. A él aquella misión le frustraba casi desde el principio.

Pero lo que Qui-Gon y él necesitaban en ese momento era información. Tenía que conservar la tranquilidad y la concentración.

—¿Podrías decirnos adonde ibas a llevar al quermiano? —preguntó.

—Claro —dijo el piloto. Obi-Wan se dio cuenta de que el hombre parecía más que dispuesto a ayudar a los Jedi. Quizá pensaba que así podría recuperar su nave—. Acababa de terminar de meter la información en el ordenador de navegación. Lo recuerdo porque no es un planeta al que me hayan pedido ir muchas veces. De hecho, nunca he estado allí.

—¿Y cómo se llama ese planeta? —preguntó Qui-Gon.

—Kodai —dijo el piloto—. Debíamos ir a Kodai.

Capítulo 8

Qui-Gon dio las gracias al piloto y se puso en pie. No tenía forma de saber si la nave se había dirigido de verdad a Kodai o no. El doctor Lundi era lo bastante listo como para dejarles pistas falsas o incluso tenderles una trampa, pero no tenían nada más. Cuanto antes consiguieran llegar a Kodai para investigar, mejor.

—¿Necesitas ayuda para ir alguna parte? —preguntó Qui-Gon al piloto.

El piloto se levantó. Estaba bastante despejado pese a haber pasado apenas unos minutos desde que recuperó la consciencia.

—No, estoy bien —respondió—, pero si encontráis mi nave ya sabéis dónde estoy.

—Claro —dijo Qui-Gon—. Haremos lo que podamos.

Obi-Wan y Qui-Gon salieron rápidamente del pequeño hangar y bajaron por la calle hacia una gran avenida. Estaba llena de naves de todos los tamaños y de pilotos de toda la galaxia, negociando o arreglando sus vehículos. Parecía bastante fácil contratar sus servicios.

Qui-Gon se acercó a un piloto y le preguntó si les podía llevar a Kodai.

—¿A Kodai? —repitió el piloto—. Os equivocáis de hombre.

—Yo os llevaré, pero no tomaré tierra. Al menos, no hasta la semana que viene —dijo otro.

Qui-Gon preguntó a otros seis pilotos antes de encontrar a uno que estaba dispuesto a realizar la travesía, una humanoide que no quiso decir su apellido.

—Llamadme Elda —dijo ella antes de acceder a dejarles en Kodai, pero marchándose nada más tocar tierra. No pudieron convencerla para que los esperase allí y los trajera de vuelta.

No podían permitirse ser quisquillosos y aceptaron. Embarcaron de inmediato. Mientras la piloto preparaba la nave, se pusieron cómodos para el viaje.

—No es fácil encontrar gente que quiera ir a Kodai —dijo Elda mientras introducía los puntos de destino en el ordenador de navegación.

Qui-Gon alzó una ceja.

—Ya me había dado cuenta —dijo—. ¿A qué se debe?

La piloto se volvió para mirar por encima del hombro a Qui-Gon, ofreciéndole una expresión de "Si no lo sabes, no voy a ser yo quien te lo cuente".

Qui-Gon no insistió. *Dejémoslo así*, pensó. *Ya obtendré la información del Templo.*

Salió de la cabina hacia la zona de carga y encendió el intercomunicador. Había oído hablar de Kodai y creía que se encontraba en los territorios del Borde Exterior. Si no se equivocaba, la superficie del planeta estaba cubierta en su mayor parte por un vasto océano.

Su intercomunicador emitió un sonido, y un momento después la voz de Jocasta Nu, documentalista del Templo, resonó plácidamente en la zona de carga de la nave.

—Me alegra hablar contigo, Qui-Gon —dijo—. ¿Qué tal va la misión?

—Ahora mismo no sabría decirte —respondió Qui-Gon con sinceridad—. Quería que me buscaras información sobre el planeta Kodai.

—Kodai, en el Borde Exterior —dijo. Hubo un breve silencio mientras Jocasta buscaba en el ordenador del Templo los datos que le había pedido—. Creo recordar algo de un océano gigantesco.

Qui-Gon pudo oír a Jocasta pulsando botones y teclas en el ordenador. Ella siguió hablando.

—Sí, Kodai está recubierto por un enorme mar..., un mar que creció hace cientos de años para tragarse la mayor parte de los habitantes del planeta, que vivían en la superficie —le informó—. Actualmente, apenas queda algo de superficie, y una sola ciudad. Cuenta con una población escasa, unos miles de kodaianos que se pasan casi todo el tiempo intentando conservar su forma de

vida en tierra, aunque la mayoría de ellos cree que el mar volverá a enfurecerse y acabará con todos —Jocasta se quedó callada un momento. Qui-Gon supuso que estaba leyendo más datos.

—Qué interesante —murmuró la documentalista—. Parece ser que el mar no ha mostrado signos de enfurecerse en los últimos cientos de años. De hecho, más bien parece lo contrario. Cada diez años, cuando coinciden las dos lunas del planeta, el mar experimenta una marea espectacularmente baja.

—Entiendo —dijo Qui-Gon, almacenando esa información en su memoria.

—Pero eso no es todo —dijo Jocasta—. Lo especialmente fascinante es que las lunas del planeta coincidirán pasado mañana.

—Qué casualidad —asintió Qui-Gon. Era obvio que la visita de Lundi a Kodai en ese momento concreto y su búsqueda de herramientas mineras no era una coincidencia. Pero seguía sin tener claro por qué había sido tan difícil encontrar un piloto que los llevara hasta el planeta.

Jocasta guardó silencio un rato mientras Qui-Gon digería la información. Al ver que no cortaba la transmisión, Qui-Gon supuso que había algo más que quería decirle.

—¿Algo más? —preguntó.

—Sí —respondió Jocasta lentamente—. Se ha encontrado otra colección de objetos Sith, esta vez en el planeta Tynna, en la Región de Expansión. Y se ha producido una extraña explosión en el planeta Nubia. Nadie se ha adjudicado la autoría, pero el edificio derruido tenía un tosco dibujo de un Holocrón Sith en la pared de durocemento.

Qui-Gon cerró los ojos un momento. El descubrimiento de aquella nueva colección no le sorprendía, pero una explosión era algo sin precedentes, algo letal. La situación empeoraba, y se sentía obligado a hacer algo al respecto.

—Gracias por la información —dijo a Jocasta—. Seguiremos en contacto por si necesitamos más cosas.

—Claro, Qui-Gon. Aquí estoy para lo que necesites.

Cuando Jocasta cortó la transmisión, Qui-Gon sintió un pinchazo de dolor. Deseó que aquellas palabras de despedida las hubiera pronunciado otra mujer, una mujer del Templo que le ayudó mucho a investigar en el pasado: Tahl. Había estado profundamente enamorado de ella, y aunque habían pasado meses desde su asesinato, su ausencia seguía doliéndole como un puñal clavado en el pecho.

Guardó el intercomunicador y se sentó en el suelo para meditar, hasta que su mente se despejó. Estaba comenzando a relajar su cuerpo cuando Obi-Wan entró en la estancia.

—¡Maestro! —gritó alarmado—. ¡Hay una bomba a bordo!

Capítulo 9

Qui-Gon se puso en pie al momento. Siguió a su aprendiz hasta el puente, donde la bomba había sido instalada cuidadosamente bajo una estantería inferior. Qui-Gon se agachó con cautela y examinó el dispositivo. Era negro y cuadrado, con un temporizador simple en la parte superior... y un tosco dibujo de un Holocrón Sith en un lado.

—Supongo que debía esperarme algo así —se quejó Elda desde su sitio a los mandos—. Sólo espero que vuestros famosos poderes Jedi apaguen esa cosa antes de que haga saltar mi nave en mil pedazos, y a nosotros con ella.

—Haré lo que pueda —repuso Qui-Gon, cortante—. ¿Tienes una caja de herramientas?

La piloto señaló una pequeña caja que había en un rincón.

—Ahí deberías encontrar todo lo necesario.

Obi-Wan trajo las herramientas a su Maestro y se agachó junto a él.

—Este símbolo empieza a resultarme familiar —le comentó—, pero el dispositivo en sí no parece demasiado sofisticado.

—No creo que sea difícil de desconectar —dijo Qui-Gon, mirando a la capitana—. Pero no puedo decir lo mismo del mal genio de nuestra piloto.

Obi-Wan intentó sonreír. Sólo Qui-Gon podía encontrar humor en un momento así.

Qui-Gon abrió la caja de herramientas y sacó un palillo largo y elástico. Tras insertarlo suavemente en un lateral del envoltorio de la bomba, lo movió de afuera hacia dentro hasta que escuchó un pitido. La caja se abrió y varios cables de colores saltaron. El temporizador indicaba que la bomba estallaría en menos de un minuto.

—No falta mucho —dijo Obi-Wan en voz baja.

Qui-Gon sabía que su padawan estaba en lo cierto, y la verdad era que no esperaba ver tantos cables de colores dentro de la bomba. Era un diseño más complejo de lo que había supuesto.

Concentró su energía en la bomba y cortó todos los cables rojos, pero el temporizador no se apagó. Marcaba cuarenta segundos y continuaba con la cuenta atrás.

—Quizá sea este cable negro —sugirió Obi-Wan con suavidad.

Qui-Gon no lo creía posible. Era el único cable negro, y era una solución demasiado obvia. Pero mientras estudiaba el cable, se dio cuenta de que tenía algo de especial. Aun así, no supo si debía cortarlo.

—Veinte segundos —dijo Obi-Wan.

Qui-Gon miró la bomba más de cerca. Un extremo del cable negro iba directamente al metal que forraba el envoltorio por dentro. En el otro, la plastifunda negra acababa poco antes de que el cable llegara al metal. Bajo la capa negra que faltaba había una serie de cables amarillos. Se abrían formando una fila y se introducían en una abertura de metal.

—Diez segundos.

Qui-Gon cogió los cables amarillos entre los dedos pulgar e índice, cerró los ojos y sacó los cables de la clavija. Hicieron un ruidito al ser extraídos.

El temporizador de la bomba prosiguió con la cuenta atrás, pero se detuvo a un segundo del final.

—Lo has conseguido, Maestro —dijo Obi-Wan con tono aliviado.

Qui-Gon abrió los ojos y vio el número congelado en el temporizador.

—Y aún me ha sobrado tiempo —dijo, irónico.

—Parece que al final los Jedi sí servís para algo —gruñó Elda. Pero lo dijo en tono jocoso, y en su rostro había una amplia sonrisa—. Gracias —añadió en voz baja.

Qui-Gon volvió a poner las herramientas en la caja y se puso en pie.

—De nada —respondió él.

De vuelta a la zona de carga, Qui-Gon cerró los ojos y empezó a meditar por segunda vez en aquel día. Aquella bomba era otro elemento a tener en cuenta. ¿La habían puesto para matarlos o para distraer su atención? ¿Quién la había colocado? Debía de ser alguien que les seguía de cerca, alguien con mucha preparación. Apenas había pasado tiempo entre su decisión de hacer ese viaje y el momento del despegue.

Qui-Gon empezó a respirar hondo, dejando que su mente se despejara para poder concentrarse. Pero algo interfería con su concentración. Su padawan caminaba de un lado a otro.

Qui-Gon abrió un ojo.

—¿Por qué no intentas meditar un rato? —le preguntó.

Obi-Wan asintió y tomó asiento. Pero incluso sin caminar de un lado a otro se le notaba que seguía inquieto. Abrió ambos ojos y observó al chico, que estaba sentado con las piernas cruzadas en una silla y con los ojos cerrados. Pero tenía los hombros tensos, y Qui-Gon notaba movimiento bajo los párpados.

—¿Estás bien, Obi-Wan? —preguntó Qui-Gon suavemente.

Obi-Wan abrió los ojos y miró fijamente a su Maestro.

—Sí —dijo lentamente. Y luego añadió—: Bueno, no sé.

—Tienes miedo —afirmó Qui-Gon sin inflexión en el tono.

Una expresión avergonzada se apoderó de Obi-Wan, pero no pudo negarlo.

—Tengo el corazón lleno de temor —admitió—. Me gustaría que tuviéramos otra misión, cualquiera otra. No estoy seguro de tener el valor necesario para enfrentarme al Holocrón...

Qui-Gon se acercó a su aprendiz.

—Hay motivos para tener miedo —le dijo con calma—. Deja que el miedo fluya a través de ti, siéntelo de verdad y luego déjalo ir. Y si vuelve, siéntelo de nuevo y déjalo ir. Nadie debe avergonzarse de sus sentimientos.

—¿No es un defecto volver a sentirlo? —preguntó Obi-Wan, alzando la vista.

—No, padawan —respondió Qui-Gon—. No podemos controlar nuestros sentimientos. Sólo influir en su manejo.

Una expresión de auténtico alivio cruzó el rostro de Obi-Wan, que sonrió levemente. Sus hombros se relajaron y cerró los ojos. Qui-Gon casi pudo sentir cómo abandonaba el miedo a su padawan. Le alegró que su consejo le hubiera sido tan útil.

Se apoyó en el respaldo y también cerró los ojos. Sólo esperaba que su consejo le ayudara también a él.

Capítulo 10

Cuando la nave aterrizó en Kodai, Obi-Wan se mostraba más animado; ya no tenía miedo. Estaba preparado para seguir adelante con la misión. Por desgracia, eso no sería fácil.

Aunque los Jedi estaban bastante seguros de haber dado con el planeta correcto, no tenían tan claro adonde tenían que ir o lo que tenían que hacer. Sólo sabían que se estaban quedando sin tiempo.

Por no mencionar que parecía que eran atacados, fuesen donde fueran. Su perseguidor, o perseguidores, no se arredraba y quería detenerlos a toda costa.

Tras dejar a los Jedi en la minúscula plataforma de la ciudad-isla de Rena, Elda introdujo nuevas coordenadas en su ordenador de navegación.

—No creáis que me quedo por aquí sólo porque hayáis desconectado la bomba —dijo ella a regañadientes, mirando la deslucida ciudad—. Os deseo buena suerte —añadió, negando con la cabeza—. Me da la impresión de que la vais a necesitar.

—Gracias por tu apoyo —dijo Obi-Wan con frialdad, mientras bajaba por la rampa de la nave junto a Qui-Gon—. Y por traernos, claro.

En el exterior, la cegadora luz del sol les obligó a taparse los ojos hasta que se acostumbraron a la luz que reflejaba el enorme océano. La ciudad era pequeña y parecía tener pocos habitantes. Había algunas cantinas, una única casa de huéspedes y un mercado donde los lugareños intercambiaban y compraban comida, la mayor parte de la cual se obtenía del mar. Las calles estaban limitadas por muros gigantescos, cuyo objetivo era prevenir inundaciones, supuso Obi-Wan.

Aunque los nativos no se fijaban en ellos, de hecho, nadie los miraba en absoluto, Obi-Wan tuvo la sensación de que no pasaban en absoluto desapercibidos. Los kodaianos se esforzaban demasiado en no mirarles. Cada vez que los Jedi pasaban cerca, los lugareños bajaban los ojos amarillos hacia el suelo o doblaban los flexibles cuellos para contemplar el horizonte en dirección contraria.

—¿No te da la impresión de que les gustaría que fuéramos invisibles? —preguntó Qui-Gon—. Nuestra presencia parece martirizarlos.

—Del todo —asintió Obi-Wan. Era una sensación extraña.

—Vamos a la casa de huéspedes —sugirió Qui-Gon—. Necesitamos un sitio donde alojarnos, y puede que también encontremos a Lundi allí.

Obi-Wan asintió y ambos se acercaron a un edificio cochambroso pero limpio. Detrás del mostrador había un delgado kodaiano. Nada más ver a los Jedi, que no iban disfrazados, se puso en pie, nervioso.

—¿Puedo ayudarlos en algo? —preguntó, jugueteando con sus dedos regordetes y mirando al suelo. Obi-Wan se preguntó si siempre se ponía tan histérico con los huéspedes.

—Nos gustaría alquilar uno de sus espacios —explicó Qui-Gon—. ¿Tiene alguno libre?

El kodaiano cerró los ojos dorados un momento, sorprendido por la pregunta, y Obi-Wan adivinó que no solían llegar visitantes a Kodai o al hostel. Tras coger los créditos que le dio Qui-Gon, el kodaiano puso encima del mostrador una tarjeta con el código de la puerta. Su habitación era la 4R.

—También busquemos a un huésped quermiano que creemos se encuentra con ustedes. El doctor Murk Lundi.

El kodaiano pareció incomodarse al oír el nombre de Lundi. Sin mirarles a los ojos, señaló a un viejo turboascensor al final del pasillo.

—Se aloja en la segunda planta, en la habitación 2F.

El kodaiano miró a su alrededor para ver si había alguien por allí antes de seguir hablando,

y luego se acercó y habló mirando al suelo.

—Es un buen cliente. Apenas ha hablado con nadie desde que llegó. Ni siquiera ha salido de su cuarto.

Obi-Wan pensó que se trataba de un dato interesante. Se había dado cuenta de que al profesor le encantaba tener público. El que fuera.

—Gracias —dijo Qui-Gon, cogiendo la llave.

Los Jedi recorrieron el pasillo y entraron en el turboascensor. Un modelo antiguo que se estremeció al elevarse hacia la segunda planta.

La habitación del doctor Lundi estaba ubicada al final del descansillo, y la estancia contigua estaba ocupada. Si no irrumpían por las buenas o escuchaban a través de la puerta, no tendrían manera de averiguar lo que ocurría dentro.

Obi-Wan pegó la oreja a la puerta y aguzó su sentido auditivo, pero le costaba concentrarse. Era casi como si algo bloquease su conexión con la Fuerza. No pudo oír nada al otro lado.

—¿Por qué crees que vendría aquí a toda prisa sólo para encerrarse en su cuarto sin hacer nada? —preguntó Obi-Wan.

—No sabemos lo que está haciendo —señaló Qui-Gon—. Es imposible saber qué está pasando ahí dentro.

Otro callejón sin salida. Obi-Wan suspiró profundamente. El miedo y la frustración volvieron a arremolinarse en su interior. Cerró los ojos y relajó los músculos para que se disiparan esas sensaciones. No era fácil, pero podía hacerlo.

Qui-Gon asentía y sonreía ligeramente cuando Obi-Wan volvió a abrir los ojos.

—Bien hecho, padawan —señaló hacia el turboascensor—. Quizá podamos recopilar información hablando con los kodaianos —añadió, alejándose de la puerta cerrada. Obi-Wan le siguió.

—Vale —dijo con sarcasmo—. Eso si conseguimos que nos miren a los ojos.

—Me alegra ver que conservas el sentido del humor —dijo Qui-Gon mientras volvían a entrar en el turboascensor.

Cuando regresaron al exterior, pronto quedó claro que sería casi imposible conseguir que los kodaianos les hablaran con sinceridad.

—Disculpe —dijo Obi-Wan, intentando parecer amable mientras se dirigía a una mujer kodaiana.

La kodaiana se detuvo, pero no miró al Jedi. Se apoyó en un pie y luego en el otro, como si no pudiera quedarse quieta.

—¿Sí? —susurró.

—Estamos buscando información sobre un visitante quermiano. Un catedrático. Ha venido para buscar un objeto que se encuentra en el fondo marino...

Ante la mención del fondo del mar, la mujer alzó la vista, claramente asustada. Tenía los ojos grandes como platos y le temblaban las manos.

—No les puedo ayudar —dijo—. Tengo que irme.

Mientras la veía marcharse, Obi-Wan se preguntó si su miedo lo causaba la interacción con extranjeros o la mención del mar, el actual estado de las lunas y la inminente bajada de la marea. O quizás era que los kodaianos vivían en un permanente estado de temor, dado su difícil pasado. Fuera cual fuera el motivo, era obvio que no quería compartir información.

Obi-Wan buscó a su alrededor a alguien que quisiera hablar con ellos, y vio a un chico que los contemplaba desde unos metros de distancia. Al contrario que los otros kodaianos, él los miraba fijamente y no parecía tenerles miedo.

—¿Has visto a un visitante con el cuello largo y muchos brazos y muchas manos? —preguntó Qui-Gon, acercándose al chico.

El chaval asintió y señaló al hostal.

—Está dentro, pero no ha salido todavía. Si queréis información, id a la cantina y preguntad por Reis. Él os dirá lo que queráis saber.

Obi-Wan sonrió al chico, agradecido por la información.

—Gracias —le dijo.

No fue difícil encontrar a Reis. Estaba sentado en un rincón desnudo y mugriento, tomándose una drale, y era el único humanoide del lugar. Tenía el pelo gris pegado a la cabeza y hacía tiempo que no se afeitaba. Pero sus ojos oscuros miraron fijamente a los Jedi cuando se acercaron a él.

—¿Te importa que nos sentemos? —preguntó Qui-Gon.

Reis siguió inspeccionando a los Jedi uno a uno, y se detuvo al llegar a los sables láser que llevaban en los cinturones.

—Claro que no —dijo—. Yo siempre tengo tiempo para hablar con los Jedi. Supongo que querréis saberlo todo sobre el Holocrón, ¿no?

Obi-Wan se estremeció al oír mencionar la palabra "Holocrón". Por fin alguien la mencionaba antes que ellos. Quizás había llegado el momento de obtener las respuestas que necesitaban tan desesperadamente.

Los Jedi se sentaron rápidamente, y Reis sonrió.

—Ya sabía yo que eso os llamaría la atención —dijo. Dio un largo trago a su drale—. Está ahí, de eso no hay duda —dijo, dejando el vaso en la mesa—. Lleva ahí miles de años. El problema es que nadie parece ser capaz de llegar hasta él. Todos lo quieren, pero nadie puede alcanzarlo. Lo intentan, pero todos acaban muertos o locos.

—Pero ¿sigue habiendo intentos de recuperarlo? —preguntó Qui-Gon.

—Claro que sí. La gente no puede ignorar un poder de esa magnitud —respondió Reis haciendo un gesto de desprecio con una de sus manos regordetas. Se acercó a los Jedi, y Obi-Wan comprobó que el aliento le apestaba a drale—. He oído que alguien en alguna parte ha ofrecido una suma impresionante por el Holocrón. Nadie sabe quién. Pero eso hace que la búsqueda del Holocrón sea una idea de lo más interesante...

Obi-Wan dejó de escuchar cuando una figura conocida entró en el bar. Parecía Omal, el alumno de Lundi de Coruscant. El joven Jedi escudriñó al recién llegado, pero la cantina estaba oscura y no estaba seguro de si era él. Obi-Wan se dio cuenta con un punto de culpabilidad que su talento como observador no había despuntado durante la clase de Lundi. Tenía las cosas un poco borrosas.

—Disculpadme —dijo Obi-Wan, levantándose de la silla y haciendo caso omiso a la expresión inquisitiva de Qui-Gon. Si se trataba de Omal, quería hablar con él.

Obi-Wan atravesó rápidamente la cantina, pero no lo suficiente. Fuera quien fuera la persona de la barra, lo vio venir y, tras mirar alarmada por encima del hombro, desapareció por la puerta, perdiéndose en las calles.

Capítulo 11

Obi-Wan dio otra vuelta en su catre. No podía dormir. No estaba seguro de que las lunas sincronizadas fueran la causa de su inquietud, o de si era la funesta sensación que tenía desde que Murk Lundi había entrado en su vida. En cualquier caso, no podía dormir.

Decidió no intentarlo más y salió del hostel para dar un paseo hasta la playa. Igual el rítmico rumor de las olas le calmaba. Necesitaba descansar antes de que le tocara vigilar la puerta de Lundi. Qui-Gon estaba a punto de terminar su turno.

Los pasos de Obi-Wan resonaban en la noche. Era como si se los tragara la oscuridad. Tras ponerse las gafas de visión nocturna, caminó y caminó, esperando ver y oír el agua en cualquier momento.

Estoy seguro de que el mar estaba mucho más cerca de la calle principal, pensó. De repente se sintió confuso, como si estuviera en un planeta totalmente distinto. ¿Acaso no estaba Kodai cubierto por un enorme océano?

Obi-Wan se detuvo y miró adelante, concentrándose. Al principio no vio el agua. Luego le pareció percibir un brillo líquido, pero estaba muy lejos. De pronto se dio cuenta de que el agua había bajado cientos de kilómetros en una tarde.

Miró en la otra dirección y vio a lo lejos un gran grupo de kodaianos, en la playa. Llevaban antorchas y estaban reunidos alrededor de lo que parecía una antigua estructura derruida. Cavaban frenéticamente en el suelo. Era obvio que buscaban partes de la ciudad perdidas en las inundaciones de hacía cientos de años.

Obi-Wan les observó desde la distancia, y de repente se sintió profundamente triste. Debía de ser horrible perder una gran parte de tu historia en una inundación. Y torturarse cada diez años por la posibilidad de encontrar las piezas rotas.

Obi-Wan volvió a mirar hacia el agua, o a la ausencia de ella. En la oscuridad no podía estar seguro de que los reflejos que veía fueran realmente del mar.

En la mente de Obi-Wan resonó una imagen y una voz: la de Lundi saliendo del almacén de Nolar: "Tengo que calcular bien el momento", había dicho.

De repente, Obi-Wan se dio cuenta de que Lundi había estado esperando a que la marea bajara para conseguir el Holocrón. Dentro de una hora, el mar kodaiano tendría la marea más baja de los últimos diez años.

Obi-Wan corrió por la oscuridad de vuelta a la casa de huéspedes. En la parte exterior del edificio vio a alguien que se alejaba a toda prisa. ¿Omal? Por desgracia, estaba demasiado oscuro, y no tuvo tiempo de ir tras él. Tenía que buscar a Qui-Gon. Al ver que no contestaba al intercomunicador, regresó hacia el hotel.

—¡Maestro! —gritó el padawan, pero se detuvo en seco. Qui-Gon no estaba en su puesto de guardia y la puerta del catedrático estaba abierta de par en par. No había nadie en el interior.

De repente, Qui-Gon apareció a su espalda, evaluando la situación.

—Me ausenté apenas un momento —dijo jadeando—. Me llamó Jocasta Nu y me alejé un poco. No puede andar muy lejos.

Una vez más, Obi-Wan sintió crecer la frustración en su interior. ¿Cómo iban a localizar a Lundi y al Holocrón?

—Vamos a tener que fiarnos de nuestro instinto —dijo Qui-Gon, como si hubiera leído la mente de su padawan—. La Fuerza nos guiará si la escuchamos con atención.

Obi-Wan sabía que su Maestro tenía razón, y de todas formas no tenían otra elección. Le guió en silencio hasta el agua. La playa, que parecía infinita, estaba llena de kodaianos pertrechados con sus herramientas de excavación. Obi-Wan se detuvo un instante para cerrar los ojos y

concentrarse, y percibió una zona desierta hacia el Norte, en la arena.

Caminaron varios kilómetros, moviéndose con toda la rapidez posible. Por todas partes veían kodaianos recuperando artefactos sepultados en la infame inundación. Algunos sostenían con expresión radiante sobre las cabezas sus recién descubiertos tesoros, mientras otros se arrodillaban con lágrimas en los ojos. Despertaron compasión en Obi-Wan.

A lo lejos había una zona extrañamente desierta de arena pantanosa. Los kodaianos se afanaban a un lado y a otro de la zona ligeramente elevada, que estaba totalmente vacía.

—Es casi como si hubiera una barrera invisible apartándoles del lugar —comentó Obi-Wan.

—Quizá la haya —respondió Qui-Gon, mirando a su alrededor.

Los Jedi se apresuraron. Varios kodaianos dejaron de cavar y se pusieron a observarles. Ya no desviaban la mirada. Algunos incluso les gritaban advertencias. Los Jedi hicieron caso omiso. Mientras Obi-Wan avanzaba, empezó a sentir que lo rodeaba algo oscuro y poderoso. El horror y el alivio chocaron en su interior. Era obvio que se acercaban al lugar adecuado. El Holocrón Sith no estaba lejos.

Dejó que el miedo fluyera a través de él como agua pasando por un colador, y siguió avanzando. Era tal su determinación por encontrar a Lundi y al Holocrón que no vio la zanja que tenía delante.

—¡Obi-Wan, detente! —gritó Qui-Gon desde atrás.

Obi-Wan se paró en seco pocos centímetros antes de un gran abismo negro. Escudriñó el interior, pero sólo vio oscuridad. Sintió una ola de energía maligna manando hacia él. *El Holocrón*.

Sin decir palabra, los Jedi sacaron sus lanzacables y fijaron firmemente los extremos al suelo marino, junto a la zanja. Un millar de pensamientos pasaron por la cabeza de Obi-Wan. Quería contárselos todos a su Maestro, pero eso era imposible.

Se miraron apenas un momento y saltaron simultáneamente hacia la oscuridad. Bajaron por la pared y pronto desapareció la cima de su vista.

La pared de la grieta estaba húmeda y resbaladiza. Obi-Wan respiró hondo mientras seguía bajando. Una parte de él quería saber lo que iban a encontrar abajo, pero la otra no quería saberlo.

De repente, percibió un movimiento en su cable. Un segundo más tarde, su ancla salió volando y Obi-Wan se encontró cayendo en picado hacia la oscuridad.

Capítulo 12

Qui-Gon vio una figura en lo alto de la zanja, que se asomó un momento para desaparecer luego. Acto seguido, el cable de Obi-Wan se aflojó y su padawan empezó a caer a una velocidad alarmante.

Qui-Gon se sujetó a la pared inmediatamente e intentó recurrir a la Fuerza para detener la caída, pero la energía oscura de la gigantesca abertura operaba en su contra. Se sintió extrañamente exhausto y sin capacidad de concentración.

Rápidamente, Qui-Gon se zafó de su debilidad y se concentró aún más. Instó a su aprendiz a que hiciera lo mismo.

El ruido del ancla del cable de Obi-Wan chocando contra la pared de la grieta fue música para los oídos de Qui-Gon. Tras unos segundos que parecieron interminables, el ancla se enganchó a un saliente, y Obi-Wan dejó de caer con una fuerte sacudida. Se quedó colgando en el aire bajo Qui-Gon.

—¿Estás bien, Obi-Wan? —gritó Qui-Gon. Su voz resonó en las paredes de la grieta.

—Estoy bien —respondió el aprendiz—. Y veo el fondo.

Qui-Gon probó su cable. Seguía fijo. Continuó bajando lo más rápido posible la distancia que le separaba del fondo. Cuando llegó al suelo, Obi-Wan ya había recogido su cable e inspeccionaba la zona con una barra luminosa. El suelo era rocoso y estaba cubierto de una vegetación resbaladiza. Debían tener cuidado.

—No veo nada —dijo Obi-Wan.

Su voz sonaba extrañamente hueca, y Qui-Gon no estuvo seguro de si se debía a la grieta, a la caída o a estar tan cerca del Holocrón. La concentración de sabiduría oscura podía anular las energías de una persona. Y la verdad era que se sentía un tanto débil. Pero la extraña sensación de vacío también indicaba que estaban en el camino correcto. Se sentía al mismo tiempo repelido y atraído.

Qui-Gon encendió una segunda barra luminosa, y los Jedi inspeccionaron la zona hasta encontrar una serie de huellas. Con la vegetación húmeda recubriendo todo el suelo de la grieta, era imposible saber si pertenecían a más de una persona.

Cuando se alejaron del punto por el que habían descendido, Qui-Gon empezó a oír un ruido sordo. Parecía como si se fraguase una tormenta. ¿O era el mar, que volvía a subir? Ya había pasado la hora de la marea baja y lo más probable era que el agua estuviera volviendo a su nivel.

Un rayo dividió el firmamento. En el destello, Qui-Gon creyó ver una figura avanzando con dificultad hacia ellos. Pero antes de poder estar seguro, una columna de agua empezó a colarse por una gran grieta de la roca sobre la que se habían parado. Alcanzó varios metros de altitud, impidiéndoles ver, y estuvo a punto de derribarlos. Cuando el agua empezó a caer sobre ellos y se les metió en las botas, Qui-Gon se sorprendió al notarla caliente.

El Maestro Jedi fue consciente, con una repentina sensación de pánico, de que estaban en el fondo de una grieta, en una caverna, pero que era muy probable que hubiera varias más debajo de él. El fondo marino era como un laberinto. No se encontraban para nada sobre terreno sólido.

El agua siguió manando por el agujero con fuerza impresionante. Ya era evidente que la marea estaba cambiando. Cuando el géiser se detuvo, el agua salada caliente ya les llegaba a los tobillos. Varios metros delante de ellos, en la otra orilla de la grieta, Qui-Gon vio una silueta maltrecha que yacía en el suelo.

Corrió hacia la figura sin pensar. ¿No se trataría de Murk Lundi?

Así era. El quermiano estaba inconsciente en el suelo, con la cara parcialmente hundida en el agua. El aparato que usaba para taparse el ojo había desaparecido, dejando al descubierto una

cuenca vacía.

Qui-Gon ya casi le había alcanzado cuando éste se estremeció.

—¡No puedes detenerme! —gritó, alzando la cabeza.

Uno de sus largos brazos rebuscó algo entre sus ropas y extrajo tembloroso una pistola láser. Empezó a disparar de forma imprudente, agarrando el arma con poca firmeza.

Qui-Gon lo esquivó con rapidez y escapó del proyectil pese a estar tan cerca. Obi-Wan conectó su sable láser detrás de él. La hoja azul hendió el aire, rechazó el disparo y desarmó a Lundi. La pistola cayó al suelo de la caverna y desapareció por la abertura del géiser.

—¡No! —gritó Lundi. Luchó por ponerse en pie, pero volvió a caer al agua.

—¿Dónde está el Holocrón? —le conminó Obi-Wan, ayudándole a levantarse.

—¡En mi mano! ¡En mi mano! ¡Lo tuve en la mano! —profirió el catedrático, golpeando a Obi-Wan con sus largos dedos.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Obi-Wan entre dientes, sujetando todas las enclenques muñecas del profesor que podía.

—Déjame. Tengo que ir a buscarlo. ¡No es para vosotros! —escupió a Obi-Wan, y se intentó zafar, pero ya no tenía fuerzas para liberarse—. ¡Tiene que ser mío!

La mente de Qui-Gon funcionaba a toda velocidad. Podía sentir cerca el Holocrón. Muy cerca. Intentó concentrarse, encontrar su ubicación, pero el Lado Oscuro jugaba con su mente. Estaba muy cerca, pero no al alcance de su visión mental. Había muchas cosas que no entendía. Si Lundi había tenido el Holocrón en la mano, ¿dónde estaba ahora? ¿Acaso lo tenía otra persona? ¿Acaso Lundi no había sido capaz de asimilar su poder?

Las preguntas seguían formándose en su mente cuando la roca sobre la que se hallaban sus pies empezó a moverse. Por un momento, el Maestro Jedi consideró la posibilidad de sumergirse en las aguas turbulentas para encontrar respuestas. Miró a su aprendiz y recuperó la cordura al instante. Si los Jedi no podían recuperar el Holocrón, era poco probable que pudiera hacerlo otro.

—Yo cargaré con él —dijo de pronto Qui-Gon a su padawan. No quería malgastar fuerzas explicándose.

Antes de que Qui-Gon alzara en brazos a Lundi, una segunda columna de agua brotó por la abertura. Obi-Wan la vio venir y ayudó a su Maestro a mantenerse firme y a echarse al quermiano al hombro. Pero el agua ya les llegaba casi a la rodilla.

Obi-Wan fue delante, sujetando la barra luminosa. Debían caminar con cuidado por la roca, hasta volver a la pared de la grieta. El agua impedía a Qui-Gon saber dónde poner el pie, mientras Lundi movía sin parar los brazos y seguía desvariando en su oído.

—¡El Holocrón! —gritaba, luchando por zafarse del firme agarre del Maestro Jedi—. ¡Tengo que ir a por el Holocrón! ¡Es mío! ¡Mío!

Qui-Gon intentó no hacer caso del profesor, pero no era fácil. Por fin, divisó el sitio por el que habían bajado. Pero ¿cómo subirían cargados con un quermiano loco y con sólo un lanzacables anclado arriba?

—Yo escalaré primero y luego te tiraré el cable —sugirió Obi-Wan.

Qui-Gon no estaba seguro de que tuvieran tiempo para eso, ni de poder escalar con Lundi a cuestas, pero no veía una opción mejor, y no podía pensar con Lundi gritándole al oído.

Obi-Wan empezaba a trepar la pared cuando una pequeña nave apareció sobre sus cabezas. Volvió al suelo, y su Maestro y él se pegaron a la pared para protegerse. No había forma de saber quién la tripulaba, ni qué buscaba.

La nave descendió lo más cerca de la pared que pudo, y una larga escalerilla descendió hasta los Jedi. El vehículo les sonaba de algo, pero les costaba identificarlo en la oscuridad. Obi-Wan miró a su Maestro sin saber qué hacer. Qui-Gon tampoco sabía qué pensar de la nave, pero no era de los que rechazan ayuda cuando la necesitan.

El Jedi se agarró y trepó. A pesar de que los peldaños estaban regularmente espaciados, no fue tarea fácil conseguir subir a la nave al iracundo profesor sano y salvo. A medio camino, Lundi se quedó sin conocimiento. Cuando Qui-Gon consiguió meterlo en la nave, estaba exhausto. Había tenido que agarrar a Lundi con una mano e izarse con la otra, sujetándose a la escalera con los

dientes. En dos ocasiones, le resbalaron las botas en los húmedos peldaños y estuvo a punto de ir a parar al agua junto a su pesada carga. Por fin llegó a la escotilla de la nave y se arrastró al interior junto con su carga.

—Me alegro de volver a veros —dijo una voz femenina y chillona desde la cabina. A Qui-Gon le sorprendió ver a Elda. Ella sonrió al ver su reacción.

—No me esperabas, ¿a que no? —preguntó.

Qui-Gon negó con la cabeza.

—Pero es un placer —le dijo con toda sinceridad—. Gracias por venir.

La piloto se giró hacia los mandos y elevó la nave por los aires.

—No tienes que darme las gracias —respondió—. Hubo algo en vosotros o en este sitio que me dejó intranquila, y regresé poco después de irme. No podía abandonaros aquí. Después de todo, salvasteis mi nave de saltar por los aires. Quería devolveros el favor.

—Te lo agradecemos —dijo Obi-Wan mientras se desplomaba sobre una silla.

Qui-Gon instaló a Lundi en otro asiento y le ató con un cable para que no se cayera. No sabía si el viejo quermiano tendría muchas energías cuando despertara, pero no quería correr riesgos.

De pronto, el profesor alzó la cabeza.

Qui-Gon dio un paso atrás, pero Lundi estiró su largo cuello hacia delante, empujando al Jedi contra la pared de la nave.

El ojo bueno del quermiano describió un círculo al examinar de cerca al Jedi.

—¡Luchadores por la paz! —soltó—. Habéis iniciado una guerra —Lundi llevaba la cabeza de atrás adelante—. ¡Guerra! ¡Guerra! —repitió una y otra vez, subiendo el volumen y el tono.

Qui-Gon fue a decir algo, pero se dio cuenta de que no tenía sentido. Lo único que le quedaba era contemplar al otrora brillante historiador en pleno frenesí. El poder del Lado Oscuro lo había corrompido. Se había vuelto loco. Lo llevarían al Templo para calibrar su situación. Qui-Gon estaba seguro de que necesitaría ayuda psiquiátrica. Y seguramente la República Galáctica también querría hacerle un par de preguntas respecto a sus intenciones con el Holocrón.

No era la forma en la que Qui-Gon había esperado regresar de aquella misión. No tenía el Holocrón. Su aprendiz estaba destrozado. Y seguía sin saber quién conocía el paradero del Holocrón, aparte de los Jedi y del profesor Lundi. ¿Quién había soltado el cable de Obi-Wan? ¿Había conseguido alguien descender a la grieta? Lo único que les quedaba era esperar que el Holocrón siguiera en el fondo del mar kodaiano. Al menos hasta que la marea volviera a bajar dentro de diez años.

—¡No podréis con él! ¡No sabéis lo que tenéis que hacer con él! ¡No os lo merecéis! —siguió profiriendo el profesor. Qui-Gon ya no estaba seguro de que le hablara a él.

Respiró hondo y apartó de su mente los desatinos de Lundi. Intentó consolarse con el hecho de que el Holocrón no estaba en manos de Lundi, pero sabía perfectamente que aquella misión distaba mucho de haber terminado.

DIEZ AÑOS DESPUÉS...

Capítulo 13

—Seres patéticos —exclamó Lundi. Su ojo descubierto describió un giro, y la baba empezó a caerle por la barbilla—. El poder era mío... estaba a mi alcance. Pero vosotros... me lo robasteis. Me lo quitasteis.

Obi-Wan contempló al quermiano demente, que luchaba por zafarse de sus ataduras. La ira acumulada en su interior era casi tangible, y supo que Lundi le mataría si pudiera. Pero aparte de esa lúcida declaración sobre el poder que tuvo y perdió, casi todo lo que el profesor decía era incomprensible.

El profesor Lundi estuvo a punto de perder la vida en Kodai cuando intentó hacerse con el Holocrón Sith, enterrado bajo el enorme océano del planeta. Había sobrevivido a la empresa, pero no así su cordura, que sirvió de alimento al antiguo objeto que acechaba bajo las incesantes olas.

Lundi se agitó en su asiento, intentando liberarse. Desde aquella fatídica noche en Kodai, lo habían juzgado por el delito de intentar activar un agente maligno en la galaxia. No sólo había intentado hacerse con el Holocrón, sino que había pruebas que demostraban que lo quería utilizar con fines malvados.

Y ése no era un delito que la República se tomara a la ligera.

El propio Lundi había confesado su crimen. De hecho, durante el juicio incluso alardeó de haber tenido el Holocrón en sus manos por un momento. No fue fácil tomarle declaración. Sus desvaríos podían durar días enteros, y sólo acababan cuando el quermiano caía exhausto. Incluso entonces, tras ser atado y encerrado en una celda para que no se hiciera daño a sí mismo (ni a nadie más), seguía estremeciéndose y murmurando en sueños, iracundo.

—Niñato —gruñó Lundi mirando a Obi-Wan por entre los barrotes de la celda—. No eres nada. Nada.

Obi-Wan miró al profesor. Sus sentimientos por Murk Lundi no habían variado en aquellos diez años. La maldad y la locura del profesor le repugnaban profundamente, y le habría encantado mantenerse lo más lejos posible de él. Pero no podía rechazar la decisión del Consejo. Una misión era una misión.

Obi-Wan se sorprendió cuando su padawan, Anakin Skywalker, y él fueron llamados al Templo esa mañana. De repente, la misión en la que estaban fue asumida por otro equipo Jedi. Era algo que jamás le había ocurrido. Tanto con su difunto Maestro, Qui-Gon Jinn, como en las misiones que les encomendaron a Anakin y a él, siempre habían llegado hasta el final, hasta ese momento.

Mientras avanzaban por los pasillos del Templo, Obi-Wan se dio cuenta de que Anakin estaba molesto por el repentino cambio de planes. El aprendiz de trece años se estaba divirtiendo con la misión en la que se hallaban inmersos porque le permitía trastear con los sistemas de armamento de una impresionante nave.

—Espero que sea para algo divertido —farfulló.

Obi-Wan consoló al chico diciéndole que, aunque no fuera "divertido", seguro que sería importante. Anakin se limitó a poner los ojos en blanco mientras entraban en la cámara del Consejo Jedi.

Obi-Wan se asombró bastante ante aquello. Cuando él era aprendiz, el mero hecho de entrar en la Cámara del Consejo hacía que las manos le sudaran, que se le acelerase el corazón. Estar en un sitio tan importante siempre le ponía algo nervioso. Pero Anakin jamás mostraba signos de nerviosismo al entrar en la Cámara. Se limitaba a entrar, como si estuviera en casa de un amigo.

Una vez dentro, Obi-Wan supo que la razón por la que les habían llamado era importante. Todos los Maestros Jedi estaban presentes, y la expresión de Yoda era inusitadamente seria.

—En Kodai sobre el Holocrón Sith, rumores vuelven a oírse —dijo Yoda sin perder un momento—. Planeando recuperarlo, alguien está.

Obi-Wan sintió una punzada de miedo en su interior. Llevaba varias noches teniendo pesadillas y visiones. Al principio no sabía muy bien por qué, pero entonces se dio cuenta de que habían pasado casi diez años desde que Qui-Gon y él siguieron al doctor Murk Lundi en busca del Holocrón Sith. Pronto, las lunas de Kodai volverían a entrar en órbita sincronizada y provocarían una marea extremadamente baja. Y era entonces cuando volvían a producirse los intentos de recuperar el Holocrón.

—Eso no es todo —añadió el Maestro Ki-Adi Mundi. En la Cámara reinó un momento de silencio antes de que prosiguiera—. Hay Jedi por toda la galaxia recibiendo mensajes amenazadores sobre el creciente poder de los Sith. Algunos de esos mensajes contienen imágenes de Jedi siendo brutalmente asesinados.

Mace Windu se aclaró la garganta.

—Al principio pensamos que las amenazas eran obra de delincuentes comunes que trataban de llamar la atención —dijo—, pero, dada la peligrosa naturaleza de la información que contiene el Holocrón y ante el regreso de los Sith, pensamos que debemos tomarnos muy en serio esas amenazas.

—Tomar medidas de inmediato, debemos —dijo el Maestro Yoda, asintiendo levemente—. En manos impropias, el Holocrón, no debe caer. Dar a los Sith esa victoria, no debemos.

Obi-Wan cerró los ojos por un momento, allí, de pie ante el semicírculo formado por los Maestros Jedi. Podía sentir su cuerpo lleno de miedo y quería dejarlo marchar. No le fue fácil.

Obi-Wan supo que Anakin y él eran el equipo Jedi que se encargaría de aquella misión. Después de todo, él conocía a Lundi, la historia del Holocrón y Kodai mejor que cualquiera otro Jedi con vida. Pero en absoluto era un encargo que le apeteciera hacer; ni siquiera se sentía cómodo con él. No sólo carecía de la ayuda y la orientación de Qui-Gon, sino que su Maestro había muerto a manos de un Señor Sith en ciernes.

—¿Qué pasa, Jedi? —soltó Lundi—. ¿Te pierdes en los recuerdos?

Obi-Wan regresó de golpe al presente. Algo húmedo le golpeó en la cara. Un escupitajo de Lundi.

—Más te vale tener cuid... —empezó a exclamar Anakin, protector. Pero Obi-Wan alzó el brazo para calmar a su padawan.

Se limpió la cara tranquilamente con la manga mientras miraba fijamente al profesor. No iba a mostrar ni ira ni frustración. Deseaba con todas sus fuerzas emprender aquella misión sin tener que cargar con aquel ser malvado y retorcido, pero sabía que no era posible. Tendrían muchas más posibilidades de impedir que alguien se apoderara del Holocrón si contaban con el ingente conocimiento de Lundi, por muy loco o violento que estuviera.

Obi-Wan miró al quermiano al ojo bueno, buscando un rescoldo de arrepentimiento o de cordura. Cualquiera de las dos cosas le inspirarían algo de esperanza.

Pero cuando Murk Lundi le devolvió la mirada, Obi-Wan no vio nada.

Capítulo 14

Anakin dio un paso adelante, intentando mirar al quermiano al ojo. Era una tarea difícil porque movía la cabeza de un lado a otro como un pájaro. Anakin sabía que eso era un síntoma de locura. De pequeño, en Tatooine, había visto a algunos vagabundos haciendo lo mismo.

Pero aquello era distinto. Allí, de pie frente a la celda de Lundi en el manicomio, Anakin estaba intrigado. Sentía una fuerte presencia, algo muy poderoso.

El chico percibió que el ojo descubierto de Lundi se entrecerraba mientras miraba a Obi-Wan. Ardía con un odio intenso; nunca había visto a nadie mirar así a Obi-Wan. Resultaba inquietante. Por supuesto, Anakin prefería lo inquietante e interesante antes que lo aburrido, pero aquel día parecían haber elegido por él.

De pronto, Lundi se abalanzó hacia delante, metiendo entre los barrotes la cabeza y el largo cuello quermianos. Anakin se echó hacia atrás cuando Lundi comenzó a despotricar de nuevo sobre el Holocrón.

—Las lunas se están moviendo. Las mareas cambian —exclamó. Agitaba en el aire unos cuantos de sus delgaduchos brazos—. Sabía que no os mantendríais al margen. Nadie lo ha hecho. Todos vienen a mí. Llorando. Suplicando. Chillando. "Enséñame, profesor. Muéstrame el modo." Ellos creen que he fracasado, pero nosotros sabemos la verdad, ¿a que sí? —miró a Obi-Wan, y luego prosiguió, casi como si hablase consigo mismo—. Sí, claro que lo sabemos. Sabemos que no fracasé. No podía fracasar. Tuve el poder. Lo tuve en mis manos. Eso no es fracasar. ¡Pero me robaron! Me lo robaron unos ladrones con túnicas que iban en misión de paz. Tomad, Jedi. ¡Quedaos con esto!

Los múltiples brazos de Lundi arrojaron a tontas y a locas la comida que tenía en la celda, dando a Obi-Wan en toda la cara.

Anakin miró a su Maestro, esperando algún tipo de reacción en él. Pero Obi-Wan no movió un pelo. Se limitó a seguir ante la celda de Lundi con estoica tranquilidad.

—Necesitamos su ayuda, profesor —dijo tranquilamente—, para recuperar el Holocrón.

El profesor Lundi alzó la vista, claramente sorprendido. Su ojo se abrió y una sonrisa se dibujó en su cara, revelando dos filas de dientes rotos. Volvió a apretar la cara contra los barrotes, y a Anakin le llegó su aliento fétido.

—Por fin has encontrado el buen camino, Jedi —cacareó.

Capítulo 15

Obi-Wan no tardó en hacer que liberaran a Lundi y le concedieran su custodia. Esa misma tarde, Obi-Wan, Anakin y el profesor iban en una nave rumbo a Kodai.

Una vez instalados dentro, Obi-Wan volvió a intentar hablar con Lundi. Pese a saber que el Holocrón había sido visto por última vez en Kodai, no estaban seguros de que siguiera allí. Y sabía que Lundi tenía información adicional de importancia vital para encontrar el objeto. Aunque no quisiera ayudarles, puede que le diera alguna pista involuntaria con su torrente de palabras e insultos.

Aunque no estaba contento, Lundi parecía ligeramente satisfecho por haber salido de su confinamiento solitario. Se mecía de atrás adelante en su celda de contención, mirando a su alrededor como un niño curioso. Obi-Wan esperaba que el cambio de escenario le ayudara a cooperar más. También esperaba que el quermiano estuviera lo suficientemente lúcido como para darles información precisa.

—Los Jedi no estamos interesados en emplear el Holocrón para hacer el mal —dijo, mirando a Lundi directamente—. Queremos recuperarlo y guardarlo para siempre en un lugar seguro.

El ojo de Lundi relució, y entonces se echó a reír.

—No eres nada más que una criaturilla patética, un niño cobarde —cacareó—. No has cambiado en absoluto, y los Jedi tampoco. Debí imaginar que los Jedi no queman domar el Holocrón. No tienen la fuerza necesaria para intentarlo.

Por el rabillo del ojo, Obi-Wan vio a Anakin poniéndose en pie.

—¡No insultes a mi Maestro! —gritó—. Él sabe mucho más de valor que tú.

—No pasa nada, Anakin —dijo Obi-Wan con calma, apoyando una tranquilizadora mano en el hombro del padawan—. Los insultos no me afectan.

Obi-Wan contempló a Anakin alejándose y sentándose en el sitio del copiloto. A su lado, el piloto manejaba nervioso los mandos de la nave. Era obvio que le perturbaba la actitud violenta del profesor. Pero Lundi guardaba un silencio poco propio de él, contemplando los Jedi desde el otro lado de los barrotes de duracero, sin decir palabra.

Obi-Wan dio otra furiosa vuelta en la cama. Llevaban más de un día a bordo de la nave y Lundi apenas había pronunciado palabra en ese tiempo. Obi-Wan estaba casi seguro de que Lundi sabía quién buscaba el Holocrón, y cómo conseguirlo antes que ellos. Pero los intentos de sacarle información habían sido inútiles. Estaba inmerso en una batalla de voluntades con un lunático trastornado, que, además, llevaba la ventaja.

Obi-Wan cerró los ojos y se obligó a tranquilizarse. Al otro lado de la sala, Anakin dormía plácidamente, y el ritmo de su respiración se oía de fondo en el pequeño espacio. Obi-Wan despejó su mente. Si no conseguía descansar, estaría en desventaja cuando llegaran a Kodai.

Cuando ya empezaba a quedarse dormido, una voz conocida resonó en su mente.

Hubo otros, padawan, le dijo. Obi-Wan soltó aire lentamente. Era la voz de Qui-Gon. Su difunto Maestro siempre estuvo presente para ayudarlo, y seguía estándolo, incluso después de muerto.

Hubo más gente involucrada en la búsqueda del Holocrón por parte de Lundi. Búscalos. Quizá Lundi les contó algo que ahora podría serte de ayuda.

Obi-Wan abrió los ojos. *Gracias, Maestro*, pensó mientras se incorporaba. Se puso en pie y

salió sin hacer ruido. Quería llamar a Jocasta Nu lo antes posible. Aún faltaban unos días para que bajara la marea en Kodai. No había tiempo que perder.

Jocasta no tardó en ubicar a dos de los tres alumnos favoritos de Lundi. Tanto Omal como Dedra vivían en el mismo planeta. Obi-Wan indicó al piloto el cambio de ruta. Llegaron al piso de Omal al día siguiente.

—Omal era uno de los mejores alumnos del doctor Lundi —explicó Obi-Wan a Anakin cuando se aseguraron de que el profesor estaba a buen recaudo y se encaminaron por las calles y callejones de la ciudad—. Uno de sus seguidores más fervorosos. Espero que pueda darnos información que nos sea útil para avanzar.

Los dos Jedi recorrieron un tramo de escalones desiguales hasta llegar a una puerta cochambrosa. Antes de llamar, Obi-Wan miró a su alrededor y se fijó en la salida más cercana. La fama de Lundi había decaído, pero eso no garantizaba que sus antiguos alumnos simpatizaran con los Jedi.

Cuando Omal abrió la puerta, Obi-Wan supo al momento que aquel hombre no suponía amenaza alguna, pero que tampoco iba a poder ayudarles. Llevaba la ropa sucia e iba desaliñado, tenía los hombros caídos y la mirada huidiza, como si le supusiera un dolor increíble quedarse mirando a algo demasiado tiempo. Pero, por encima de todo, parecía que Omal estaba casi tan tocado mentalmente como Lundi. Obi-Wan casi podía sentir los pensamientos de aquel hombre bullendo en su cabeza, chocando unos con otros y enredándose entre sí.

—¿Qué queréis? —preguntó Omal. Se fijó en las túnicas Jedi y empezaron a temblarle las manos.

La tristeza y el miedo inundaron a Obi-Wan. ¿Qué había sido del chico de ojos brillantes que conoció diez años atrás, en la clase de Lundi? ¿Qué le habían hecho Lundi y, posiblemente, el Holocrón? ¿Y en qué medida afectaba eso a la misión?

—Sólo queremos hablar contigo, Omal —dijo Obi-Wan en voz baja—. ¿Te importa que entremos?

Omal no respondió, pero se apartó de la puerta. Se adentró en un pequeño salón y los Jedi le siguieron. Había basura por el suelo y los muebles parecían a punto de venirse abajo en cualquier momento. Olía a rancio y a cerrado. Por un momento, Anakin se llevó la mano a la nariz para tapársela, pero Obi-Wan le miró amenazador y el chico dejó caer ambas manos a los lados.

Obi-Wan observó rápidamente su entorno y se giró hacia Omal, que estaba de pie, incómodo, en mitad del apestoso cuarto. Tendría que tratarlo con cuidado.

—Somos Jedi, nos encontramos en una misión importante —comenzó a decir—. Queremos recuperar un Holocrón Sith para ponerlo a salvo. ¿Alguna vez te mencionó este objeto el profesor Lundi?

Ante la sola mención del Holocrón, Omal comenzó a gemir como lamentándose, mientras se mecía de atrás adelante sobre los talones. Obi-Wan estaba a punto de formular otra pregunta cuando se abrió la puerta principal y apareció Dedra, la otra estudiante de Lundi, con una bolsa de la compra.

Obi-Wan se sintió aliviado al comprobar que, en gran medida, Dedra no había cambiado. Estaba más mayor y tenía la mirada cansada, pero había conservado la cordura. Se apoyó la bolsa de la compra en la cadera y le indicó que fueran a la cocina.

—Ahora volvemos —dijo Obi-Wan, disculpándose al salir junto a Anakin. Ambos siguieron a Dedra hacia la cocina.

—Soy Obi-Wan Kenobi —dijo Obi-Wan—. Y éste es mi padawan, Anakin Skywalker.

A pesar de que había visto a Dedra en la clase de Lundi, nunca les habían presentado.

—Tu nombre da igual —respondió ella—. Sé que eres un Jedi y sospecho que buscas el Holocrón.

Obi-Wan asintió.

—Tenemos que ponerlo a salvo... en nombre del bien —explicó.

En el rostro de Dedra se dibujó la tristeza.

—Eso sería maravilloso —dijo ella—. Ya ha hecho mucho daño a muchos —miró hacia el

salón. Obi-Wan sabía que no se refería a la vieja tiranía de los Sith.

—La salud mental de Omal no es muy buena —explicó—. Es preferible no mencionar a Lundi o al Holocrón en su presencia.

—Ya me he dado cuenta —dijo Obi-Wan, sintió una punzada de culpabilidad—. ¿Sabes lo que le pasó?

Dedra se apartó y empezó a sacar la comida de la bolsa. Parecía como si fuera a hacerle la comida a Omal.

—Lo único que sé es que no ha sido el mismo desde que el profesor Lundi se tomó aquel año sabático hace diez años —dijo ella.

Sacó algunas verduras de la bolsa y empezó a lavarlas. Obi-Wan se dio cuenta de que le temblaban un poco las manos, y ella no apartó la vista de lo que estaba haciendo.

—¿Eso es todo lo que sabes? —preguntó Obi-Wan mirándola fijamente.

Dedra suspiró y dejó caer las manos en el fregadero.

—No, no es todo —admitió ella.

Obi-Wan esperó pacientemente a que Dedra prosiguiera.

—Hace diez años, Omal siguió a Norval, otro de los alumnos estrella de Lundi, a Kodai. Norval tenía fijación con el Holocrón y se había metido en secreto en una de las sectas que pretendía hacerse con él. Creyó que Lundi iba en su busca y decidió que el profesor necesitaba su ayuda. Omal quiso impedirle que interfiriera en la tarea de Lundi porque Norval nunca soportaría la magnitud del poder mencionado por el profesor.

Dedra cerró el grifo y se giró hacia Obi-Wan.

—No sé lo que ocurrió, pero es obvio que fue demasiado para Omal —dijo en un susurro—. Y si aquello bastó para que ingresaran a Lundi, no me extraña que él tampoco aguantara.

Obi-Wan se quedó callado un momento, pensando.

—¿Y qué fue de Norval? —preguntó al fin.

El rostro de Dedra se torció en un gesto de dolor.

—No lo sé —dijo en tono quejumbroso—. Pero espero por su bien que muriera.

Capítulo 16

Anakin se quedó boquiabierto. Era una afirmación terrible. Ni siquiera en su infancia en Tatooine, cuando era esclavo, deseó que su vida terminara. La muerte le parecía tan permanente, tan definitiva.

—Por aquel entonces no sabíamos que Norval había estado estudiando compulsivamente los escritos del doctor Lundi —explicó Dedra rápidamente, al ver la reacción de los Jedi—. Ni que codiciaba ese poder y lo deseaba desesperadamente. Las enseñanzas de Lundi lo cambiaron.

Anakin no sabía si entendía bien lo que quería decir Dedra. Sabía lo que era desear algo con todas sus fuerzas. Él quiso ganar una carrera en Tatooine, quería liberar a su madre, quería ser Jedi; pero no creía que esos deseos pudieran cambiarlo. Simplemente formaban parte de su forma de ser.

Nadie dijo nada durante un rato. Anakin se dio cuenta de que su Maestro estaba asimilándolo todo, intentando ordenar toda la información en su mente.

De repente, la voz de Omal rompió el silencio de la cocina. Murmuraba algo en la otra habitación. Sus palabras no estaban claras, pero el tono era desesperado. Una mirada de preocupación atravesó el rostro de Dedra, que hizo amago de acercarse al salón.

—Voy yo —ofreció Anakin.

Dejó a Obi-Wan y a la mujer en la pequeña cocina y regresó al salón. Omal seguía sentado en el suelo, pero ahora la cabeza le colgaba a un lado. Las lágrimas le caían por las mejillas y le goteaba la nariz.

Anakin contempló a Omal un rato. Le dio pena y deseó poder hacer algo por él. Si lo que había dicho su Maestro era cierto, Omal había sufrido un cambio horrible y permanente.

—No pasa nada —le dijo Anakin suavemente, apartando sus propios pensamientos—. Vamos a lavarte la cara, ¿vale? —encontró un trozo de trapo relativamente limpio y lo empleó para limpiar la cara a Omal, que alzó la vista y le miró agradecido por un instante. Luego su mirada volvió a desviarse y continuó meciéndose de atrás adelante.

Anakin le observó durante lo que le pareció una eternidad. Cuando apartó la vista, sintió el deseo irrefrenable de seguir adelante con aquella misión. Tenía que saber lo que había provocado aquella degeneración en Omal, lo que preocupaba tanto al Consejo Jedi.

Y quería hacerlo ya, salir de aquel piso y ponerse de inmediato manos a la obra. Dedra les había contado todo lo que sabía, y era obvio que Omal no podría contarles nada. ¿Pero qué hacía Obi-Wan todavía en la cocina? ¿Por qué razón tardaba tanto?

Se sintió inquieto y empezó a mirar a su alrededor. Había montañas de ropa sucia, restos de comida y todo tipo de cosas tiradas por el suelo. Ninguna parecía tener especial interés o importancia.

Entonces, por el rabillo del ojo, Anakin vio algo brillante que sobresalía de una túnica. Lo cogió y vio que era un pequeño holoprojector. Anakin intentó encenderlo, pero se dio cuenta enseguida de que estaba roto.

Desde el suelo, Omal comenzó a gemir lentamente.

—No, Norval. No —repetía.

Anakin apenas le oía. Le encantaban los aparatos mecánicos y no pudo resistirse a trastear un poco con el holoprojector. Cogió una herramienta del cinturón y empezó a toquetear al artefacto, pero el proyector estaba atascado.

—¡Qué rollo! —exclamó Anakin. Le sorprendió su propia frustración. Normalmente le encantaban ese tipo de retos.

Estaba a punto de tirar al suelo el defectuoso proyector, cuando pulsó la secuencia correcta

y, de repente, se encendió. Al principio la imagen estaba borrosa y Anakin tuvo que imaginarse lo que era. Pero cuando se dio cuenta de lo que estaba viendo, se quedó boquiabierto.

Era la imagen del brutal asesinato de un Jedi.

Anakin se quedó inmóvil observando aquello. A su espalda, el lamento de Omal empezó a aumentar de volumen. Por fin, Anakin se dio cuenta e intentó apagar el proyector, pero se había atascado y no se apagaba.

El asesinato se reprodujo una y otra vez. El Jedi ithoriano alzaba el sable láser, pero recibía un disparo láser por la espalda y caía muerto al suelo.

Empezó a latirle el corazón a toda prisa. Intentó no mirar las imágenes, pero algo le obligaba a observarlas fijamente. Y algo en lo que estaba viendo comenzó a resultarle familiar, era como si, de alguna manera, ya lo hubiera visto y lo conociera. Empezó a encontrarse mal.

Metió la herramienta a la fuerza en la parte inferior del proyector y la imagen desapareció. Tiró el aparato al suelo y se alejó. Las manos le temblaban un poco y las rodillas le flojeaban. Los quejidos de Omal eran la representación sonora de lo que Anakin sentía por dentro.

El padawan respiró hondo e intentó despejar su mente. Sabía que este tipo de mensajes había circulado por toda la galaxia. Había asistido a la reunión del Consejo Jedi y le habían informado sobre el tema. Pero lo que no se esperaba era ver uno. No estaba preparado para ello.

Y ahora, aquella imagen horrible se había quedado grabada en su mente. Anakin miró a Omal. Ya no se quejaba, pero sus ojos iban rápidamente del chico al holoproector roto que yacía en el suelo.

Anakin estaba a punto de acercarse a él, cuando Obi-Wan entró súbitamente en la sala con Dedra pisándole los talones.

—Me acaban de llamar de la nave —dijo—. Parece ser que el doctor Lundi ha decidido volver a hablar. Y el piloto cree que hay malhechores merodeando por el hangar. Amenaza con abandonar a Lundi y marcharse.

Anakin se sintió aliviado y se dio cuenta de lo nervioso que le había puesto el apartamento de Omal y el mensaje del proyector. Quería salir de allí y aquel instante era el momento adecuado.

—¿Le has dicho que nos espere? —preguntó agradecido, mientras seguía a Obi-Wan hacia la puerta.

Obi-Wan asintió.

—Pero no sé cuánto aguantará. Ha estado un poco inquieto desde que salimos de Coruscant.

—No hace falta que lo jures —dijo Anakin—. Es un manojo de nervios.

Los Jedi se despidieron de Omal y Dedra, y se apresuraron a regresar a la nave. Anakin sabía que tenía que contarle a su Maestro lo del proyector y el mensaje, pero por alguna razón no quería hacerlo. Era extraño, pero de alguna manera se sentía culpable: era como si, en cierto sentido, fuera responsable de lo que ocurría en las imágenes.

Pero eso no tiene sentido ninguno, pensó. Ni siquiera sé quiénes son esas personas. O mejor dicho, quiénes eran.

Mientras corría tras su Maestro, decidió no decirle nada. Obi-Wan parecía distraído, y en el fondo ya conocía la existencia de esos mensajes. Ya se lo contaría más tarde, cuando llegara el momento.

Capítulo 17

—Voy a comprobar el exterior de la nave para asegurarme de que no ha sido sabotada —dijo Anakin cuando entraron en el hangar.

Obi-Wan sonrió. Sabía que su padawan prefería investigar algo mecánico a hacer cualquier otra cosa.

—Vale —dijo—. Yo entraré a hablar con el capitán... y con Lundi.

Obi-Wan subió rápidamente la rampa de la nave y entró en la cabina.

—Ya era hora —dijo el piloto, aunque Obi-Wan creyó ver algo de alivio en él—. Lleva despotricando una media hora —nervioso, señaló al almacén, donde Lundi estaba sentado en su jaula—. Dice no sé qué del trasto ése que le llama. Y de las mareas.

—Gracias —dijo Obi-Wan, dirigiéndose hacia allá. Respiró hondo. Quería que aquella conversación (si es que era eso lo que iban a tener) saliera bien. Tenía que salir bien.

—Vengo de ver a Dedra y a Omal —dijo Obi-Wan con calma. Observó a Lundi por si mostraba alguna reacción ante aquellos nombres, pero no vio nada. Lundi se limitó a mirarlo fijamente a través de la oscura rendija que era su ojo visible.

Decepcionado, Obi-Wan insistió.

—Me contaron un par de cosas interesantes de Norval.

Eso sí que pareció provocar una reacción, pero no la que Obi-Wan esperaba. El profesor sonrió con malicia, dejando entrever sus dientes amarillentos y roídos. Aquel gesto pareció congelarse en su cara. Por mucho que lo intentase, no consiguió entender lo que significaba aquella sonrisa.

Obi-Wan volvió a sentirse frustrado. Lundi era como un muro. A pesar de que estaba más debilitado que la última vez que se vieron en Coruscant, hace diez años, la mente del profesor era una complicada construcción. Obi-Wan no podía acceder a sus pensamientos ni siquiera con la Fuerza. ¿Cómo iba a averiguar quién buscaba el Holocrón si el quermiano no quería cooperar con él?

—Norval estuvo en Kodai contigo —dijo Obi-Wan en voz alta.

Tanto Lundi como él se sorprendieron ante la resonancia de la cabina, y el profesor alzó la mirada. Obi-Wan pensó de repente que igual había encontrado un camino para atravesar el muro infranqueable que era Lundi.

—Y Omal también. Todos fueron a buscar el Holocrón.

Lundi se echó hacia delante, como si fuera a decir algo. Apretó la cara contra los barrotes de la jaula. Pero al instante volvió a recostarse, sonriendo con aire de suficiencia.

—Sabías todo lo que había que hacer, pero necesitabas que esos chicos hicieran el trabajo sucio por ti. Que lo cogieran por ti. No creíste llegar tan hasta el fondo tú solo...

Obi-Wan esperó a que Lundi saltara, que comenzara a hablar, que le discutiera lo que le decía, pero el profesor parecía saber exactamente que era eso lo que quería. Así que permaneció allí sentado, inmóvil como una piedra, con los largos brazos cruzados sobre el pecho y la cara torcida en gesto desafiante.

Obi-Wan sintió la urgente necesidad de romper los barrotes de la celda y arrancarle aquella sonrisa burlona de la cara. El quermiano tenía poder aunque estuviera loco y encerrado en una jaula, y, en ese momento, Obi-Wan odió ese poder con cada fibra de su ser.

—¡Necesitamos saber si el Holocrón sigue en ese cráter! —gritó—. Tenemos que llegar a él antes de que...

Obi-Wan se detuvo. En su ira había estado a punto de revelar información peligrosa. Tras diez años de encierro, Lundi no podía saber que los Sith habían regresado. No podía saber que había

otros en la galaxia que poseían el conocimiento que él perseguía...

Lundi ladeó su pequeña cabecita.

—Tienes miedo, chico, pero no de mis alumnos —dijo, echándose hacia delante—. No... hay algo más. Algo mucho mayor, mucho más terrible. —Hablabas despacio, como si quisieras asegurarse de que Obi-Wan entendiera todas sus palabras—. Los Sith —dijo, volviendo a apoyarse en el respaldo. Su ojo se abrió de par en par y Obi-Wan pudo ver la pupila grande y negra—. Tienes miedo de los Sith, de su regreso.

Lundi se recostó y soltó una aguda risotada.

—Más te vale —dijo.

Obi-Wan miró fijamente a Lundi. Sabía que el profesor quería que dijera algo, que le confirmara su temor, pero no le iba a dar esa satisfacción.

La estancia quedó en silencio durante varios minutos, mientras ambos se miraban fijamente. Por último, Lundi tomó la palabra.

—Te voy a decir dónde está el Holocrón —dijo con voz notablemente lúcida—. Incluso puedo decirte cómo conseguirlo. La pregunta es... ¿qué me darás tú a cambio?

Capítulo 18

Anakin recorrió el casco de la nave por tercera vez. No había visto nada inusual y empezaba a pensar que el capitán estaba un poco paranoico. Teniendo en cuenta su personalidad, era bastante posible. Y Anakin tuvo que admitir que la cercanía con el doctor Lundi podía poner nervioso a cualquiera.

Satisfecho al no ver nada fuera de lo normal, se dirigió al interior de la nave. Obi-Wan estaba en el puente, programando las coordenadas de Kodai en el ordenador de navegación.

—Partimos de inmediato hacia Kodai —dijo.

Anakin se sintió aliviado al saber que se iban de aquel planeta y que iban a retomar la misión. Su Maestro también parecía contento.

—El profesor me ha confirmado por fin que el Holocrón sigue en su catacumba submarina. Anakin arrugó la nariz.

—Podría estar mintiendo —señaló.

Obi-Wan suspiró.

—Lo sé —admitió—. Puede que sólo quiera ponernos en peligro. O jugar con nosotros. Pero es lo único que tenemos para seguir adelante y mi instinto me dice que tenemos que confiar en ello. Además, sólo podemos investigar durante el breve periodo de retirada de las mareas.

Anakin asintió. Ahora que iban a salir del planeta ya no se sentía tan mal con respecto al mensaje holográfico. Quizás hubiera llegado el momento de contárselo a Obi-Wan.

—Maestro —comenzó a decir—. He encontrado un...

—Os digo que ahí fuera había alguien —dijo el piloto, interrumpiéndole—. Había alguien toqueteando mi nave.

Anakin puso los ojos en blanco antes de dirigirse hacia el capitán, que empezaba a ponerle muy nervioso.

—Lo he comprobado todo —dijo Anakin en tono tranquilizador—. Y está todo bien.

El capitán pareció dudar, pero no respondió e hizo despegar la nave. Pronto, lo único que vieron fue la oscuridad del firmamento a través de la pantalla de la cabina. El capitán se dispuso a saltar al hiperespacio.

Anakin se sintió cansado de repente y agradeció tener un momento de reposo. Tardarían más de un día en llegar, así que dispondría de un rato para descansar y ordenar sus pensamientos.

Súbitamente se produjo una gran explosión en un lado del motor, y la nave se escoró violentamente hacia la izquierda.

—¡Os lo dije! —gritó el capitán—. Alguien ha saboteado mi nave. ¡Tenemos que aterrizar de inmediato!

—No podemos —dijo Obi-Wan racionalmente—. Eso es exactamente lo que los saboteadores querían obligarnos a hacer.

El capitán se quedó boquiabierto.

—Pero así no podemos volar —dijo, levantando la voz mientras el humo llegaba a la cabina desde la parte de atrás de la nave—. Los mandos no responden. Vamos a morir.

Anakin volvió a sentirse irritado, pero esta vez el sentimiento se mezclaba con la culpabilidad. Era evidente que alguien había manipulado la nave, a pesar de que él no había hecho caso de la preocupación del capitán.

—Aquí no morirá nadie —dijo Anakin con calma—. Dime dónde guardas las herramientas.

El capitán señaló un pequeño armario justo al salir de la cabina. Anakin fue a buscar la caja y se aproximó al fondo de la nave, apartando el humo a manotazos. El control automático de

incendios había apagado las llamas, así que podía llegar al motor dañado a través de la escotilla de un pasillo secundario. Aunque Anakin sabía arreglarlo, no le resultaría fácil hacerlo con la nave en marcha.

Abrió la escotilla y vio que el panel de circuitos se había fundido. Eso significaba que tendría que sustituir varios circuitos rápidamente. La cuestión era... ¿cuáles? Algunos carecían de importancia, pero otros bastarían para que pudiesen llegar a Kodai.

No estaba especialmente familiarizado con el tipo de nave en que viajaban. Nunca había volado en un vehículo así, y mucho menos lo había reparado. Tendría que fiarse de sus instintos.

Sacó una herramienta de energía lumínica y se puso manos a la obra con los cables. Era difícil mantenerla firme porque la nave daba bandazos constantes. Con mucho cuidado, consiguió reconectar los cables dañados uno por uno. La nave no tardó en recuperar la estabilidad, y el piloto se hizo nuevamente con el control.

Anakin reparó unos cuantos cables más y cerró la escotilla. De regreso a la cabina, pasó por delante de la jaula de Lundi.

—Bien hecho, chaval —dijo el profesor—. Me habrías venido bien en Kodai.

Anakin intentó ignorar aquel comentario mientras devolvía las herramientas al armario. El quermiano estaba chalado, no decía más que locuras.

—Buen trabajo, padawan —dijo Obi-Wan, orgulloso, cuando Anakin entró en la cabina.

—Ahora podremos llegar hasta Kodai —dijo el capitán—. Aunque quizá tardemos un poco más de lo previsto.

El alivio en la cabina fue palpable. Estaban todos a salvo... de momento.

Capítulo 19

Obi-Wan contempló a su padawan, que guardaba las herramientas en su caja. Le tranquilizó que hubiera arreglado el motor, pero al observarle también experimentó otra cosa: preocupación.

Cuando, diez años antes, Obi-Wan emprendió aquella misión con Qui-Gon sintió la influencia del Lado Oscuro. Se sintió frustrado, vulnerable y tuvo miedo.

Anakin no parecía estar pasando por aquello. No, era otra cosa.

Obi-Wan vio que el chico se levantaba y se acercaba a la jaula para observar al quermiano. No mostraba ningún miedo. Parecía más bien... fascinado.

Su padawan sentía mucha curiosidad por Lundi y por lo que le había convertido en un loco malvado. De hecho, era esa clase de atracción al poder lo que había corrompido a Lundi y a Omal.

Esa curiosidad preocupaba a Obi-Wan.

Obviamente, Anakin no había experimentado el poder del Lado Oscuro como Obi-Wan. No había visto cómo su Maestro era cortado en dos por un Señor Sith. Y tampoco había estado a punto de morir.

Tras haberlo experimentado tan de cerca, Obi-Wan era muy consciente de la amenaza que suponían los Sith si conseguían recuperar su antiguo poder, y que recuperar el contenido del Holocrón sería un gran paso en esa dirección. Algo devastador para toda la galaxia.

Obi-Wan se estremeció ante ese pensamiento, y luego dejó que se desvaneciera en el fondo de su mente. Necesitaba aguzar la concentración y concentrar su atención en el momento, en su padawan.

El chico necesitaba orientación, y Obi-Wan lo sabía. Hacía diez años que su propio Maestro había sabido llevarlo sabiamente por el camino correcto, lejos de la ira y de la frustración, y consiguió que no se desviara del camino Jedi. Cuando Qui-Gon murió, había prometido hacer lo mismo por Anakin.

Obi-Wan recordó la reacción iracunda que tuvo Anakin con Lundi la primera vez que se encontraron en la nave. La ira era peligrosa. Quizá debería advertir a su aprendiz de los peligros del Lado Oscuro, de que era un camino fácil hacia el poder, pero también hacia la autodestrucción.

El problema era que no sabía cómo organizar su discurso. No sabía lo que debía decirle exactamente. Y cuando intentaba ofrecer a Anakin ese tipo de orientación, el chico la rechazaba. Era casi como si creyera que las cosas que Obi-Wan intentaba enseñarle no le servirían de nada.

Suspiró y deseó que Qui-Gon siguiera vivo. Él habría sabido exactamente qué decir, qué hacer. Habría podido comunicarse con Anakin.

—Creo que nos siguen —dijo el piloto cuando salieron del hiperespacio, irrumpiendo en los pensamientos de Obi-Wan.

El Jedi se levantó y se acercó a los mandos. Se dio cuenta de que no era difícil. Los saboteadores de la nave podrían haberles seguido sin problemas.

Examinó cuidadosamente el sistema de detección de la nave. No encontró nada.

Pronto aterrizaron sin problemas en Kodai. Tras indicar al piloto que no se fuera del planeta, Obi-Wan llevó a Anakin a la ciudad.

—Habrà que llegar pronto al agua —explicó Obi-Wan mientras avanzaban por la calle principal. La marea ya se estaba retirando, pero no esperarían a que llegase a su punto más bajo. Si lo hacían, podía ser demasiado tarde. Tenían que llegar antes que Norval o quienquiera que buscase el Holocrón. Esta vez, ellos tenían que llegar primero.

Anakin miró a su alrededor.

—Aquí no hay gran cosa, ¿no? —preguntó.

—No —respondió Obi-Wan—. Hace cientos de años hubo una terrible inundación en la que murieron muchas personas. Casi todos los supervivientes abandonaron el planeta, y los que quedaron esperan que se produzca otro desastre y una muerte segura.

Anakin puso una mueca de sorpresa.

—Qué mal —dijo.

Obi-Wan se rió.

—Así es, padawan —luego se puso serio—. Yo no podría vivir así, pero los kodaianos tampoco tuvieron opción. Debe de ser difícil tener un pasado con tantas pérdidas.

Anakin recorría pensativo la ciudad.

—En un sitio así debería haber tiendas de buceo en todas partes —dijo al fin—. Casi todo el planeta está sumergido bajo el agua.

—Cierto, pero la gente le tiene miedo —le recordó Obi-Wan.

—Y parece que a nosotros también —dijo Anakin—. Cuando nos cruzamos con alguien, aprietan el paso y apartan la mirada.

—Qué observador eres, Anakin —dijo Obi-Wan, orgulloso—. A los kodaianos les ponen nerviosos los forasteros.

Tras ir a ver la marea y comprobar que no era el momento de sumergirse, los Jedi regresaron a la nave. Muchos kodaianos se apartaban de su camino para no cruzarse con ellos por la calle. Otros se detenían y se les quedaban mirando. Y unos pocos gritaron advertencias sobre el mar letal y sus fuerzas malignas ocultas.

—Maestro —dijo Anakin de repente. Su voz sonaba tranquila, casi vacilante. Algo poco común en el chico—. Tengo que contarte una cosa.

Obi-Wan se detuvo y miró a su padawan.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Encontré un holoprojector cuando estuvimos en el apartamento de Omal. Tenía..., tenía un mensaje, uno de los mensajes que mencionó Ki-Adi Mundi.

Obi-Wan abrió los ojos de par en par.

—¿Uno de los mensajes en los que se ve el asesinato de un Jedi? —preguntó.

Anakin asintió.

Por un momento, Obi-Wan no supo qué decir. Era una información importante, algo que un aprendiz no debía ocultar a su Maestro.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? —le preguntó subiendo el tono.

—Pensé que... que no era importante —farfulló Anakin—. Conocíamos la existencia de esos mensajes, y tú querías volver cuanto antes a la nave.

Obi-Wan miró a su padawan. A él jamás se le habría ocurrido ocultar algo así a Qui-Gon. Eran un equipo, era vital que compartieran toda la información de que disponían. Confiar el uno en el otro. Completamente.

De repente se dio cuenta de que igual Anakin no confiaba completamente en él. ¿Qué otra razón podía tener para no contarle algo así?

Mientras observaba a su padawan, un pensamiento horrible le pasó por la cabeza: él tampoco se fiaba del todo de Anakin.

—Debiste contármelo de inmediato —le dijo Obi-Wan con firmeza—. Espero que actúes así la próxima vez.

Anakin se miró los pies.

—Sí, Maestro —dijo.

Sin añadir palabra, Obi-Wan se adelantó y siguió caminando.

Guardaron silencio mientras volvían a la nave, en la que el doctor Lundi dormía en su jaula, llenando el espacio con sus ronquidos. Se despertó de repente, cuando entraron los Jedi.

—¿Es que este prisionero no va a poder dormir? —gruñó, limpiándose la baba de la barbilla con una mano y frotándose el ojo con otra.

—No cuando ha accedido a proporcionar información relevante —respondió Obi-Wan con frialdad—. Necesito que respondas a unas cuantas preguntas sobre tu último viaje al fondo del mar

kodaiano. Es hora de que nos cuentes lo que sabes.

El profesor miró a Obi-Wan con odio durante unos segundos. Era cierto que había accedido a responder a varias preguntas a cambio de poder volver a ver el Holocrón.

—Adelante —dijo al fin.

—Hace diez años viniste a Kodai a por el Holocrón —dijo Obi-Wan—. Y uno de tus alumnos favoritos vino tras de ti.

—Norval —dijo Lundi asintiendo—. Sí, era mi alumno más aventajado. Tenía una impresionante sed de conocimientos.

—De conocimientos oscuros —comentó Obi-Wan, mirando fijamente a Lundi.

El profesor se encogió de hombros.

—Lo que ese chico quisiera hacer con ese conocimiento no era mi responsabilidad. Yo sólo era el profesor. Yo compartía mi información.

Aquella respuesta enfermó a Obi-Wan. Era obvio que Lundi intentaba restar importancia a la poderosa posición que tenía como profesor. ¿Acaso no era consciente de la influencia que tenía en la gente? ¿No sabía que era responsable de la destrucción de al menos una joven vida?

—Pero Norval era fuerte, más fuerte incluso de lo que yo pensaba —prosiguió Lundi—. Llegó antes que yo al Holocrón. Se hizo con el objeto, que seguía dentro de su cofre. Luchamos por él, y al final el Holocrón cayó en el cráter del géiser.

Obi-Wan cerró los ojos al sentir que la decepción crecía en su interior. Aunque sabía que era muy posible que el Holocrón hubiera caído aún más en las profundidades del escalonado suelo marino, esperaba que no fuera así. Porque eso significaba que el Holocrón estaba muy abajo. Y, para colmo, dentro de un géiser activo que era increíblemente peligroso, incluso con la marea baja.

Cabía la posibilidad de que el Holocrón estuviera tan lejos que nadie pudiera hacerse con él. Pero ¿y si no era así?

Obi-Wan no se sentía seguro sobre ningún aspecto de la misión. Pero no tenía más remedio que seguir adelante para que nadie se le adelantara.

Capítulo 20

Anakin escudriñó la oscuridad mientras el gravitrineo cargado recoma el suelo marino que había quedado al descubierto. La marea ya estaba baja y no tardarían en viajar sobre el agua.

—Por ahí —dijo Obi-Wan, señalando hacia la izquierda. Eran las primeras palabras que le dirigía desde que discutieron. Anakin se sintió mal por no haber contado antes a su Maestro lo del holograma, pero no sabía por qué le daba tanta importancia. Al final se lo había contado, ¿o no?

Anakin giró el vehículo. A su lado, el doctor Lundi miraba desde el otro lado de los barrotes. Tenía los ojos abiertos de par en par y no podía quedarse quieto. Estaba inquieto como un niño.

No puede esperar a ver el Holocrón, pensó Anakin. El viejo objeto tenía que cumplir muchas expectativas. Al aumentar la velocidad del gravitrineo, el joven Jedi deseó para sus adentros que fuera lo que prometía.

El gravitrineo pasó sobre el agua, directo al cráter. Anakin creyó ver cómo emergía algo del mar. Parecía una plataforma de buceo.

—Ahí enfrente —dijo Obi-Wan.

Anakin pudo percibir la decepción en la voz de su Maestro. Aterrizó el gravitrineo junto a una plataforma llena de equipo y apagó el motor.

Obi-Wan contempló el traje submarino y el tanque de aire.

—Alguien ha estado aquí antes que nosotros —dijo—. Sólo espero que no hayan encontrado el Holocrón.

Anakin escaneó la superficie marina. Podía sentir una poderosa energía oscura a su alrededor, pero no estaba seguro de si era porque el Holocrón seguía allí abajo o porque llevaba años allí.

—El Holocrón ya no está —cacareó Lundi. Agitó los brazos, varios de los cuales golpearon el techo y los lados de la jaula de viaje—. Él ha regresado. Lo tiene Norval.

Obi-Wan se puso el respirador e indicó a Anakin que hiciera lo mismo. A pesar de lo que había dicho Lundi, no podían irse sin asegurarse de que el Holocrón ya no estaba en el fondo marino. Se sumergieron en el agua tras comprobar que la jaula de Lundi estaba bien sujeta al gravitrineo.

Obi-Wan iba primero, y descendió apoyándose en la pared del cráter hacia el saliente rocoso inferior. Era un largo camino y Anakin sintió un punto de excitación a medida que iban bajando. Aquello sí que era una misión.

Cuando llegaron al saliente no tardaron en encontrar el géiser, del que manaba una gran masa de agua caliente cada pocos minutos. Eso no les dejaba mucho tiempo para investigar lo que había debajo.

Anakin bajó por el cráter tras su Maestro, dando patadas lo más fuerte posible. No había nada ante él salvo la negrura impenetrable del fondo marino. Apenas podía ver las piernas de su Maestro moviéndose de arriba abajo a unos pocos metros de distancia. Por fin, Obi-Wan encendió una barra luminosa.

Y siguieron bajando más, y más, y más. A Anakin se le taponaron los oídos varias veces por la presión, y la temperatura del agua empezó a aumentar.

Tras lo que parecieron ser varios minutos, Anakin divisó un siniestro resplandor rojo que emanaba del suelo marino, varios metros debajo de él. Casi se quedó sin respiración al detenerse. El agua parecía latir en aquel lugar, llena de energía, y tenía que concentrarse mucho para mantenerse en el mismo sitio. A su Maestro le pasaba lo mismo.

Obi-Wan le indicó que tuviera cuidado y que nadara con cautela hacia la cueva reluciente.

Anakin vio las piernas de su Maestro dando patadas, hasta que se detuvieron. Obi-Wan metió la barra luminosa en la pequeña cueva: estaba vacía. Un segundo después, Obi-Wan se giró y señaló hacia arriba, indicando a Anakin que regresaran a la superficie.

Anakin se preguntó cuánto tiempo habían permanecido allí abajo. ¿Cinco minutos? ¿Seis? No les quedaba mucho tiempo antes de que el géiser volviera a entrar en erupción.

Se giró lo más rápido que pudo y emprendió el camino hacia la superficie. Pero nadar hacia arriba no era tan fácil. Era casi como si algo lo arrastrase hacia el fondo, reteniéndole en el géiser. Se concentró en dar las patadas con fuerza y siguió ascendiendo lentamente.

Ya le dolían las piernas cuando sintió que una corriente de agua caliente le pasaba rozando. Avanzó rápidamente hacia arriba, dando una serie de furiosas patadas. No quería estar por allí cuando el géiser entrara en erupción.

Por fin, las paredes de la grieta desaparecieron y el Jedi se encontró en la superficie. Se apartó rápidamente del chorro justo cuando la columna gigante empezaba a manar.

No perdió tiempo en regresar al gravitrineo. Ahora que sabían que el Holocrón no estaba allí, debían regresar a la civilización lo antes posible.

Anakin se quitó el respirador y encendió el gravitrineo. Los motores se activaron cuando Obi-Wan salió del agua.

—Ya no estaba —declaró Lundi mirando las manos vacías de los Jedi—. Qué listo. El chico es listo... más de lo que yo pensaba. Tendría que haberlo sospechado. Sí, sospechado. Estuvo a punto de hacerse con él la última vez, sí, pero Omal se cruzó en su camino. Buena suerte para mí. Mala suerte para él. Omal me dio la oportunidad de atacar, de quedarme el Holocrón para mí. Pero Norval era un oponente formidable. Eso hay que reconocerlo...

La voz de Lundi se fue debilitando mientras el profesor se perdía en aquel recuerdo de diez años antes.

—¿Adonde llevaría Norval el Holocrón? —preguntó Obi-Wan.

El profesor Lundi cruzó varios pares de brazos sobre el pecho.

—Un trato, un trato —dijo, desafiante—. Teníamos un trato. Yo os contaba secretos y vosotros me dejabais ver el Holocrón. Pero no lo he visto, ¿o sí? El juego ha terminado y vosotros habéis perdido. El chico tiene el Holocrón. El chico. ¡Ja!

La ira empezó a bullir en Anakin. Esperó a que su Maestro dijera algo que pusiera en su sitio al viejo chalado, pero Obi-Wan se quedó callado mientras contemplaba al profesor.

Con una sonrisa siniestra, Lundi miró alternativamente a ambos Jedi.

—Pero dudo que el chico sepa lo que debe hacer con él —añadió casi sin aliento—. Al menos no es un cobarde como vosotros y vuestros amiguitos con túnica.

Se acabó. Anakin apagó el gravitrineo y se lanzó sobre el profesor. Pudo oler el rancio aliento del quermiano cuando se acercó a su cara.

—No tiene gracia, gusano —dijo furioso—. Puede que tu alumno no sepa qué hacer con el Holocrón, pero los Sith sí.

La sonrisa desapareció del rostro del profesor Lundi, que se quedó mirando a Anakin. Dejó caer todos sus flacuchos brazos.

—Sospecho que conoce la historia, profesor —gritó Anakin, obligando al largo cuello del quermiano a retroceder cada vez más—. Y sabrá que si los Sith se hacen con el poder, los Jedi no serán los únicos en morir.

Capítulo 21

Obi-Wan miró a Anakin y al doctor Lundi de hito en hito. Sabía que la reacción de Anakin no estaba bien. No era propia de un Jedi y permitía que la ira se apoderara de él demasiado fácilmente. Todavía podía ver la chispa de furia en la mirada de su padawan. Como Maestro suyo, tenía el deber de reprimirlo por su comportamiento, aconsejarlo sobre el peligro de los sentimientos negativos.

Pero aquel arrebato pareció tener efecto en Lundi. Por primera vez desde que abandonaron Coruscant, el profesor parecía intimidado. El joven Jedi había conseguido apocar al profesor. Y Obi-Wan se sentía agradecido por ello.

Contempló a su padawan, que regresó a los mandos y encendió el gravitrineo.

Qué diferentes somos, pensó. Nuestra relación no tiene nada que ver con la que yo tenía con Qui-Gon.

Pero, claro, con Anakin, Obi-Wan no era el padawan. Era el Maestro, y su misión consistía en guiar, en enseñar. A menudo se preguntaba si estaba preparado para semejante responsabilidad. Había pasado todo tan deprisa... Era un padawan y, un instante después, se vio convertido en el Maestro de Anakin. No podía evitar sentir que ese papel debería haberlo realizado Qui-Gon.

Anakin tenía tendencia a saltarse las normas, igual que Qui-Gon. A menudo optaba por seguir sus instintos en lugar de hacer caso al Código Jedi. Pero sus decisiones, aunque impulsivas en ocasiones, casi siempre daban buenos resultados. Casi siempre llevaban las misiones un paso más allá, y a menudo dejaban a Obi-Wan desconcertado.

No es momento de reprimendas, pensó Obi-Wan mientras volvían a toda prisa a la orilla. Tenían que llegar al hangar antes de que Norval consiguiera un transporte y abandonara el planeta.

El gravitrineo entró en el hangar al cabo de unos minutos, pero la nave de alquiler de los Jedi y el piloto no estaban por ninguna parte.

—Se ha largado —dijo Obi-Wan, mirando el hangar con expresión sombría.

—Qué cobarde —dijo Anakin asqueado—. No tendría que haberle arreglado la nave. Cuando le vuelva a ver...

—Ahora no hay tiempo para pensar en eso —le interrumpió Obi-Wan—. Vamos a averiguar quién ha salido del planeta en las últimas horas e intentemos encontrarlo.

Tras asegurar la jaula del todavía silencioso Lundi a la pared del hangar, Obi-Wan y Anakin se separaron para inspeccionar el lugar. Obi-Wan había visto a Norval diez años antes y se lo describió a su padawan. Pero aparte de ser un hombre moreno de tamaño medio, no sabían nada más.

El hangar no estaba especialmente activo, y ninguno de los pilotos con los que habló Obi-Wan había visto a Norval, o al menos eso dijeron los que le dirigieron la palabra. Decepcionado, Obi-Wan decidió comprobar los registros del hangar.

Sólo una nave había abandonado el lugar en las últimas horas. Se dirigía al Sector de Ploo, pero no se especificaba el planeta.

—¿Has averiguado algo? —preguntó Anakin mientras se acercaba a su Maestro—. Nadie quiere hablar conmigo.

—Sólo esto —dijo Obi-Wan, enseñándole los registros. Parecía que el Holocrón se le había vuelto a escapar. Intentar encontrar una nave misteriosa en un sector enorme era bastante difícil, y era lo único a lo que podían aferrarse.

—¿Y por qué iba a ir al Sector Ploo? —preguntó Anakin.

A unos metros de distancia, Lundi golpeó su estrecha cabeza contra los barrotes de la jaula.

—Norval era un buen alumno. Brillante. Lo único que superaba sus ansias de

conocimiento y poder era su codicia —el doctor Lundi se puso lo más recto que pudo dentro de la jaula—. Ciertos sujetos anónimos me ofrecieron fortunas por entregar el Holocrón cuando lo encontrara. Uno de ellos quería que nos encontráramos junto a mi planeta natal, Ploo II.

Los Jedi se miraron. Debían creerle. Lundi tenía varios motivos para impedirles progresar. Probablemente le parecía bien que Norval tuviera el Holocrón y que lo emplease para sus propios fines malvados. Le enorgullecía. Después de todo, Norval era su alumno preferido.

Pero Obi-Wan sintió por primera vez que podía adentrarse en los pensamientos de Lundi. Como si se hubiera derribado un muro y supiera a ciencia cierta que el profesor decía la verdad. El quermiano quería ir a por el Holocrón él mismo. Quería volver a verlo, estar cerca de su poder.

—Necesitamos una nave que nos lleve a Ploo II —dijo Obi-Wan—. Rápido.

Capítulo 22

Según los registros de vuelo, la nave que había partido en dirección al Sector Ploo era muy grande y no especialmente rápida. Anakin sabía que si querían alcanzarla necesitarían un vehículo rápido con un motor de hipervelocidad potente.

Y sólo había una nave así en el hangar. El piloto miró con desconfianza a los Jedi a medida que se acercaban.

—¿Ploo II? —repitió con desdén—. No, gracias. Acabo de llegar y no pienso hacer nada que no sea descansar un buen rato.

—Yo sé pilotar —dijo Anakin—. Si quieres puedes quedarte aquí a descansar. Te devolveremos la nave cuando terminemos.

El piloto miró a Anakin como si estuviera loco. Algo que a Anakin le pareció normal; si la nave fuera suya jamás dejaría que un extraño la sacara del planeta. Ni siquiera un Jedi.

Pero necesitaban aquella nave. La necesitaban de verdad.

Obi-Wan agitó la mano frente a la cara del piloto.

—Confías en nosotros para prestarnos la nave —dijo lentamente.

—Supongo que puedo confiar en vosotros para prestaros la nave —dijo el piloto.

—Te la devolveremos —añadió Obi-Wan.

—Devolvédmela cuando terminéis —repitió el piloto.

Anakin sonrió. Los trucos mentales Jedi no eran como los sables láser, pero podían ser muy útiles.

—Voy a por Lundi —dijo Obi-Wan.

Anakin asintió y entró en la nave. Desde el asiento del piloto introdujo las coordenadas de Ploo II. Minutos después, la nave iba camino de la atmósfera.

Anakin pensó que igual podría hablar con Obi-Wan por el camino, pero, en cuanto despegaron, éste salió en silencio de la cabina. Anakin supuso que seguía enfadado con él.

Intentó no pensar en ello y examinó la ruta programada en la computadora. Si había una forma más rápida de llegar, quería encontrarla. Tenían que atrapar al ladrón del Holocrón.

Parecía haber sólo una ruta directa, y la computadora la había escogido. Puso en marcha el motor de hipervelocidad y las estrellas se convirtieron en resplandores de luz cegadora.

Cuando la nave estuvo a salvo en el hiperespacio, Anakin se alejó de los mandos para relajarse un poco. Al entrar en la zona de carga, vio que el profesor estaba profundamente dormido. Últimamente dormía mucho. Anakin le observó y vio que parecía más viejo y más frágil. Su cuerpo se estremecía cada vez que respiraba. Era como si su fuerza vital se estuviera desvaneciendo.

Dormido e indefenso dentro de la jaula, el profesor parecía más patético que amenazador. Anakin casi se apiadó de él. Pero lo cierto era que el quermiano no les había puesto nada fácil aquella misión. Había sido difícil desde el principio, y la forma en la que trataba a su Maestro había conseguido ponerle furioso.

Y ahora, por indicación suya, buscaban una nave que se dirigía a Ploo II. ¿Sería el planeta correcto o sería una búsqueda infructuosa? Para Lundi no era difícil despistarles. Tras haber sufrido un encierro de diez años por culpa de los Jedi, era muy posible que quisiera vengarse. No podía culparlo por querer desquitarse de alguien por su encarcelamiento.

Observó durante un largo rato cómo dormía Lundi e intentó meditar. Tenía demasiadas preguntas sobre el profesor y el Holocrón, pero la verdad es que no creía que les hubiera mentado sobre Norval. Presentía que se acercaban a algo poderoso y maligno..., y supuso que era el Holocrón.

Se levantó y se dirigió al asiento del piloto. Ya casi había llegado el momento de sacar la

nave del hiperespacio. Se sentó a los mandos y sintió una repentina perturbación en la Fuerza. Sacó rápidamente la nave de la velocidad de la luz. El conocido paisaje estrellado volvió a rodearle.

Pero eso no fue lo único que vio Anakin.

Obi-Wan llegó corriendo a su lado.

—He sentido una perturbación en la Fuerza —dijo.

Anakin señaló una nave gris y aerodinámica en la pantalla.

—Acaba de adelantarnos —dijo.

—¿Quién era? —preguntó Anakin boquiabierto.

Obi-Wan suspiró.

—No lo sé —confesó—. Pero creo que más nos vale llegar a la nave de Norval antes que esa nave.

La gran nave se estremeció. Anakin había estado llevándola al límite desde que avistaron la nave gris, y, al no estar acostumbrada a ir a tanta velocidad, no estaba seguro de cuánto podría aguantar. Cuando llegaran a algún sitio, probablemente tendrían que repararla.

La misteriosa nave gris estaba frente a ellos y había aminorado la marcha.

El Maestro de Anakin se puso junto a él con los ojos cerrados.

—Siento algo poderoso, pero podría proceder de esa nave y no del Holocrón. Tenemos que encontrar rápidamente a Norval. Tengo la corazonada de que quien va en esa nave también codicia el Holocrón.

—Yo vigilaré —dijo Anakin para tranquilizar a su Maestro—. ¿Por qué no preparas un transbordador? Así, cuando encuentre su nave podrás abordarla de inmediato.

Obi-Wan asintió agradecido a Anakin.

—Vigila todas las comunicaciones entre las naves y, si ves algo raro, dímelo.

Mientras Obi-Wan preparaba el transbordador, Anakin rodeó cuidadosamente la nave gris, describiendo un amplio círculo.

En ese momento, otra nave de mayor tamaño apareció en su campo visual. Supo que era la de Norval. Se le encogió el estómago, y sintió algo parecido a las náuseas.

Anakin encendió el comunicador.

—Veo otra nave —informó—. Y me siento raro. Creo que transporta el Holocrón.

—Bien. Voy a cerrar la escotilla del transbordador —dijo Obi-Wan—. Abre las puertas del hangar de lanzamiento.

Anakin pulsó un botón en el panel de control y el transbordador de Obi-Wan salió disparado. Parecía diminuto mientras se aproximaba al enorme vehículo de Norval. Anakin esperaba que Obi-Wan consiguiera aterrizar en la gran nave sin ser detectado por el intruso gris.

Mientras Anakin contemplaba cómo el transbordador se acercaba a la nave de Norval, una voz habló a su espalda. Era Lundi.

—Demasiado tarde, demasiado tarde —murmuró.

Anakin se giró y vio que Lundi tenía los ojos cerrados. ¿Estaba dormido o despierto?

¿Demasiado tarde para qué?, se preguntó Anakin.

No tuvo mucho tiempo para reflexiones. En ese momento, una enorme explosión sacudió la nave.

Capítulo 23

Desde la pequeña ventana del diminuto transbordador, Obi-Wan vio una explosión en la nave de Anakin. El vehículo gris la había detectado por fin y su presencia no parecía agraderle en absoluto.

La visión del láser rojo disparó algo en los recuerdos de Obi-Wan, que volvió a experimentar aquella vieja sensación de desamparo. Pero no había manera de regresar a la nave lo bastante deprisa como para ayudar a su padawan. Y estaba el Holocrón. Tenía que ir a por él mientras tenía oportunidad. No podía volver a dejarlo atrás.

Obi-Wan le mandó rápidamente un mensaje mental a su padawan. *Puedes hacerlo, Anakin, le dijo. Sólo piensa...*

Al cabo de unos minutos, el transbordador hizo contacto con el hangar de aterrizaje de la nave de Norval. Tras apagar el pequeño vehículo, Obi-Wan salió sigilosamente y se coló en la gran nave.

Mientras recoma un pasillo blanco y reluciente, el sonido del láser resonó en sus oídos. Estaban atacando la nave de Anakin. De repente, deseó haber resuelto con su padawan la discusión que habían tenido en Kodai.

Ahora no puedes hacer nada al respecto, se dijo a sí mismo. Si quería encontrar el Holocrón en aquella gigantesca nave, tenía que concentrarse y pensar.

Obi-Wan avanzó a toda prisa por varios corredores asépticos. Al llegar al final de uno de ellos, sintió que una oleada de maldad le golpeaba de repente. Supo exactamente cómo se había sentido su padawan unos minutos antes. El Holocrón estaba muy cerca.

Obi-Wan dobló una esquina y vio una gran sala al final de un pasillo. Había una figura humanoide de espaldas a la puerta, esperando. Y allí, en una mesa de transpariacero, estaba el Holocrón, rojo y reluciente.

Obi-Wan se acercó sigilosamente a la sala, pero la figura se giró hacia él antes de que pudiera cruzar la puerta.

—Te estaba esperando —dijo Norval.

Obi-Wan se concentró en el hombre moreno que tenía delante y notó que el desasosiego se apoderaba de Norval. Se dio cuenta de que, en realidad, él no era la persona que esperaba Norval. Esperaba a otro, a Lundi quizás. O al piloto de la nave gris.

—Es poderoso, ¿verdad? —cacareó Norval—. Cuesta un poco acostumbrarse a las náuseas, pero cuando te sientes cómodo con su poder, la sensación de asco acaba por desaparecer.

Obi-Wan se abalanzó a por el Holocrón, pero Norval se interpuso en su camino.

—Esta información se desperdiciaría en manos de los Jedi —le espetó—. No tenéis ni idea de qué hacer con el poder.

Obi-Wan se dio cuenta de que Norval no cedería sin pelea. Se llevó la mano al cinto, sacó el sable láser y lo encendió.

Tengo que acabar con esto cuanto antes, pensó Obi-Wan. Tenía la esperanza de que la visión del sable láser hiciera retroceder a Norval y le obligara a entregarle el Holocrón. *Tengo que volver para ayudar a Anakin antes de que sea demasiado tarde.*

Pero Norval no retrocedió. Se limitó a llevarse la mano al cinto, extrajo su propio sable láser y lo encendió.

Capítulo 24

Anakin soltó otra andanada de láser. No paraba de volar alrededor de la nave gris, machacando su casco. Todos sus disparos daban en el blanco por mucho que éste se moviera, pero no parecían hacerle efecto.

Tendría que haber escogido una nave con un armamento decente, además de veloz, pensó Anakin, sombrío. Tendría que haberme dado cuenta de que libraría una batalla.

Anakin aguantó varios impactos sin sufrir grandes daños. El único realmente grave había sido el primero, pero perder el motor de hipervelocidad no era nada al lado de lo que podría haberse estropeado.

Aun así, la nave podía sufrir otro impacto en cualquier momento, y con terribles resultados. Tenía que irse de allí. Pero ¿hacia dónde? Era evidente que la gran nave gris gozaba de un gran alcance de tiro. Tardaría varios minutos en alejarse lo suficiente para ponerse a salvo...

Pensó lo más rápido que pudo y giró en redondo, dirigiéndose en línea recta a la gran nave de Norval. Si conseguía mantenerla entre él y la nave gris, se libraría de sus disparos. Supuso que el piloto no querría arriesgar el Holocrón..., o al menos eso esperaba.

Lanzó un suspiro de alivio al darse cuenta de que la nave gris no le seguía, pero antes de poder volver a coger aire, vio que en vez de eso abría fuego contra la nave de Norval. De alguna manera, el piloto de la nave gris se había dado cuenta de que los Jedi estaban cerca de su objetivo.

Capítulo 25

Obi-Wan se quedó atónito al ver el sable láser de Norval. Un arma así era extremadamente difícil de forjar, y hacerlo exigía paciencia y habilidad, atributos que no parecían propios de Norval.

Norval dio un paso adelante con la hoja alzada. Parecía encantado de ver la mirada de sorpresa en el rostro de Obi-Wan.

—¿De verdad os creéis los Jedi los únicos que podéis fabricar un sable láser? —Rió amenazador—. Las clases del doctor Lundi eran limitadas, pero me ayudaron a hacerme con las herramientas necesarias. Lo cierto es que es bastante sencillo de hacer una vez se tiene el conocimiento... y el poder...

Obi-Wan apenas le escuchaba. Lo rodeó, estudiando detenidamente su sable láser. Era de construcción grosera y supuso que los cristales internos eran débiles y mal ajustados. O eso esperaba.

Norval alzó el arma y volvió a bajarla. No dio a Obi-Wan por cuestión de centímetros, y golpeó la mesa sobre la que reposaba el Holocrón. El brillante artefacto fue a parar al suelo. Obi-Wan y Norval lo vieron caer, pero ninguno se acercó a él.

Puede que el sable láser sea tosco, pero sigue siendo letal, pensó Obi-Wan. Sabía por experiencia que un arma poderosa podía ser incluso más peligrosa en manos de un usuario no experto. Tendría que actuar con cautela.

A Norval le brillaron los ojos.

—¿Les han gustado a los Jedi mis mensajes? —preguntó, avanzando lentamente—. Pensé que serían apropiados. ¡Imagina lo que sería poder derrocar a los patéticos Jedi y de paso enriquecerse!

Norval golpeó el aire con ira creciente. A Obi-Wan le quedó claro que el joven era fuerte, pero no tenía la capacidad técnica necesaria para manejar un sable láser.

Obi-Wan dio un salto hacia delante, golpeando con su hoja azul y obligando a Norval a retroceder. No quería matarlo, sólo desarmarlo y llevarse el Holocrón. Aquel combate suponía una pérdida de valioso tiempo.

Obi-Wan se fue acercando a él. Pero antes de que pudiera quitarle el sable láser de las manos, otra explosión sacudió violentamente la nave. Obi-Wan cayó de espaldas, soltando el sable láser y golpeándose en el suelo con la cabeza.

Tardó unos segundos en recuperar la visión. Cuando lo consiguió vio que Norval estaba de pie sobre él. Obi-Wan pudo sentir el calor de su reluciente sable láser apuntándole a la garganta.

—No creíste que pudiera hacerme con el Holocrón, ¿verdad? —dijo triunfante—. Nadie lo creía. Si Omal no hubiera interferido la primera vez, yo sería ahora mucho más fuerte. Y tú y el doctor Lundi habríais muerto hace tiempo.

Obi-Wan hizo como que escuchaba los desvaríos de Norval. Cuanto más hablara, más tiempo le dejaría para articular algún plan. En cuanto atacase, se le habría acabado el tiempo... puede que para siempre.

Obi-Wan vio por el rabillo del ojo cómo su sable láser se alejaba rodando. Más allá, el Holocrón relucía sobre el suelo.

Norval alzó el sable láser, pero cuando el arma comenzaba a bajar hacia él, otra explosión agitó la nave. Norval tardó un momento en recuperar el equilibrio.

Pero ese momento bastó para Obi-Wan, que alzó ambas manos y empleó la Fuerza para atraer hacia sí el Holocrón y el sable láser. Cogió cada uno con una mano y se puso en pie de un salto, luego volvió a encender el sable láser y desarmó con elegancia a su enemigo. El vasto mango chocó contra el suelo, y los cristales interiores se desparramaron por todas partes.

Atónito, Norval se puso en pie.

—Tu joven padawan hubiera sido un gran Sith —gruñó con la cara todavía contraída por la rabia—. Es una pena que él y su nave estén a punto de ser destruidos por mis amigos —sonrió—. Dejarán de dispararme en cuanto sepan que he acabado contigo.

Obi-Wan se preguntó por un momento cómo podía Norval conocer a Anakin. Supuso que se habría informado de muchas cosas. Pero antes de poder reflexionar más en el tema, Norval se abalanzó a por el intercomunicador de la nave.

—¡El Jedi tiene el Holocrón! —gritó—. Tenéis que sacarme de aquí.

Obi-Wan giró y echó a correr mientras Norval pedía ayuda. El Maestro Jedi no pensaba matar a un enemigo desarmado. No pensaba dejar que su padawan se enfrentara a solas con la nave misteriosa. Y, esta vez, no pensaba marcharse sin el Holocrón.

Capítulo 26

Las puertas automáticas empezaron a cerrarse a su alrededor. Obi-Wan corría lo más rápido que podía. Se pegó a las paredes y consiguió colarse por la puerta por la que había accedido a aquel pasillo. Lo último que vio fue a Norval riéndose de él, con una mueca burlona en la cara.

—No tienes ni idea de a lo que te enfrentas —gritó.

Obi-Wan volvió a recorrer los pasillos blancos en dirección a su transbordador. El reluciente Holocrón proyectaba un escalofriante resplandor rojo en las paredes. Obi-Wan ignoró la flojera de piernas y el malestar que sentía en las tripas. Tenía que ir con Anakin.

Al cabo de unos minutos, Obi-Wan salía en la pequeña cápsula desde el hangar de lanzamiento. Buscó la nave de Anakin mirando a través del transpariacero. No la vio. Tampoco la nave gris. El fuego cruzado de disparos láser se había interrumpido.

Se recostó en el asiento, descorazonado. Estaba seguro de que si su padawan había muerto lo sabría, lo presentiría. ¿Pero dónde estaba?

Obi-Wan programó la cápsula para que viajara cerca de la nave de Norval. Necesitaba la mayor cobertura posible.

El transbordador flotó por el espacio, junto al casco del vehículo de Norval. Pero seguía sin ver nada. Estaba a punto de rendirse y de salir de allí, cuando vio la pequeña nave que habían tomado prestada escondiéndose junto al transporte de Norval. Sintió un profundo alivio. El chico era listo.

En cuanto el transbordador hizo contacto con la nave, Obi-Wan abrió la puerta y entró en la zona de carga. Lo primero era poner a salvo el Holocrón. Quería encontrar un lugar seguro que estuviera lo más lejos posible de Lundi.

Colocó cuidadosamente el objeto en una cavidad de carga y se encontró mucho mejor al desprenderse de él. Pero sabía que no estaría tranquilo hasta que el objeto estuviera guardado bajo llave en los archivos Jedi en Coruscant..., y puede que ni siquiera entonces.

Obi-Wan se apresuró a entrar en el puente, ansioso por ver a su padawan. Pero lo que vio a través de la puerta abierta le sorprendió tanto que se detuvo en seco.

La jaula del profesor estaba vacía y la puerta abierta. Anakin estaba sentado en el suelo y acunaba a Lundi en su regazo.

—Ahora lo comprendo —dijo Lundi con un murmullo ronco—. Hay cosas que es mejor dejar en el fondo del mar.

Lundi tomó aire, jadeando, y Obi-Wan se dio cuenta de que se moría. Avanzó un paso y le miró al ojo. Y por fin vio lo que siempre había querido ver: remordimiento y miedo.

—Sólo... sólo espero que no sea demasiado tarde —terminó de decir Lundi. Su frágil cuerpo se estremeció y quedó inerte. Anakin lo puso en el suelo con cuidado. El doctor Murk Lundi había muerto.

Obi-Wan tuvo varios sentimientos cruzados. Confusión, frustración, alivio...

Anakin se volvió para mirarle.

—Sabía que iba a morir —le explicó—. Y pensé que no debía terminar su vida en una jaula. Así que le dejé salir. Pensé que era lo mejor.

Su rostro expresaba un profundo pesar, y Obi-Wan se dio cuenta de que debió de entristecer al chico con su arrebató en Kodai.

—No pasa nada, padawan —dijo Obi-Wan, poniéndole una mano en el hombro. Se dio cuenta de que tenía mucho que aprender como Maestro Jedi. Y a Qui-Gon y a él les había costado años de trabajo construir los fuertes lazos de confianza que les unían. Eran lazos que también surgirían entre Anakin y él con el tiempo. En cuanto a Lundi, ya daba igual. El quermiano y su

maldad ya no existían.

Obi-Wan pudo ver el alivio en el rostro de Anakin.

—Siento lo del mensaje —dijo—. No quería ocultártelo, es sólo que...

Obi-Wan asintió.

—Lo sé —dijo—. Mi reacción fue exagerada. La próxima vez lo llevaremos mejor.

—Espero que... —Anakin se vio interrumpido de repente por un resplandor de luz cegadora seguido de un ruido ensordecedor. La nave sufrió una sacudida hacia atrás ante el impacto en el exterior de un resto a la deriva.

—Corta la energía —le gritó Obi-Wan.

Anakin corrió a los mandos y desconectó el interruptor principal. Un segundo después, estaban rodeados de oscuridad. Si tenían suerte, conseguirían alejarse con los restos en llamas sin que la misteriosa nave gris se diera cuenta...

Obi-Wan aguantó la respiración. Convocó a la Fuerza y supo al momento que Norval había muerto. El pobre estudiante estaba equivocado. El habitante de la nave gris, fuera quien fuese, no era su amigo. La explosión estaba destinada a los Jedi, y a sus causantes no les importaba perder un aliado si así impedían que se hicieran con el Holocrón.

Capítulo 27

La nave aterrizó en el hangar de Coruscant, y Anakin y Obi-Wan desembarcaron. Habían pasado horas a la deriva, intentando arreglar la hipervelocidad. Ni siquiera el talento de Anakin como mecánico había conseguido evitar que llegaran a casa a trompicones. Y aún quedaba mucho por hacer.

—Intentaré devolver la nave a Kodai —ofreció Anakin.

Obi-Wan asintió. Había sacado el Holocrón de la zona de carga y estaba ansioso por llevarlo a su hogar permanente en los archivos. Había aprendido a ignorar las náuseas, pero era incapaz de sentirse cómodo ante tal cantidad de poder oscuro.

—Ven a la Cámara del Consejo cuando termines —dijo Obi-Wan—. Estoy seguro de que el Consejo querrá saber de nosotros lo antes posible.

Anakin asintió.

—¿Y Lundi? —preguntó.

—Haré que saquen el cadáver de la nave y lo lleven al Templo. El Consejo sabrá qué hacer con él.

Obi-Wan contempló a Anakin atravesando el hangar y se apresuró a llegar al Templo. Jocasta Nu le esperaba allí, con la caja del Holocrón abierta. Colocaron el objeto dentro, sellaron la tapa y lo bajaron a las catacumbas del archivo.

Cuando el Holocrón desapareció de su vista, Obi-Wan suspiró aliviado. Esperaba no tener que volver a ver o a tocar jamás aquel objeto maléfico.

Cuando Obi-Wan llegó a las puertas de la Cámara del Consejo, Anakin ya le esperaba allí. Cuando las puertas se abrieron, el chico sonreía de oreja a oreja.

—Enhorabuena —dijo Depa Billaba cuando entraron—. Un trabajo bien hecho.

—Así es —asintió Saesee Tiin.

La mirada de Anakin relucía de exaltación.

—Ha sido una gran misión —dijo—. La más divertida que he tenido hasta ahora.

Obi-Wan se dio cuenta de que Yoda miraba con preocupación al chico, pero el resto de los miembros del Consejo parecían simplemente encantados y aliviados de que el Holocrón estuviera, por fin, sano y salvo en los archivos del Templo.

—La diversión a las misiones grandeza no da —dijo Yoda con seriedad. El sabio Maestro miró a Obi-Wan, que sintió una punzada de culpabilidad. ¿Acaso creía Yoda que había fracasado como Maestro de Anakin? ¿Le preocupaba que no fuera capaz de guiar al chico?

Él también tenía sus propios temores, claro. Qui-Gon había sido un Maestro maravilloso, valiente, fuerte y sabio. Un líder con talento.

¿Pensaría Qui-Gon que estoy fallando a Anakin? ¿Que el chico necesita un Maestro más sabio y más anciano?

Qui-Gon había muerto más de cuatro años antes, pero Obi-Wan sintió de repente su presencia. Se sintió agradecido por ello y se consoló pensándolo. Pero a veces la pérdida le pesaba demasiado.

—Haremos que los restos del profesor Lundi reciban la atención adecuada —dijo Mace Windu.

La mención del nombre de Lundi devolvió al Maestro Jedi al presente.

—Bien hecho, Jedi —dijo Ki-Adi Mundi, sonriendo—. Ya podéis iros.

Los demás Maestros también asintieron.

Mientras Obi-Wan seguía a su padawan al exterior de la Cámara, varias imágenes le recorrieron la mente: el rostro enloquecido y retorcido del doctor Lundi, el tosco dibujo del

Holocron Sith, la extraña nave gris y sus misteriosos pasajeros, el propio Holocron, y, por un instante, la ira que había visto en la mirada de Anakin. Eran sólo algunas de las muchas señales que había visto en aquella misión. Señales de cosas que no le sería fácil ignorar...

FIN

¿Más libros de Star Wars?

http://espanol.groups.yahoo.com/group/libros_starwars/